

Inventario: 000563




**Cristina Garaizabal
y Norma Vázquez**

EL DOLOR INVISIBLE DE LA GUERRA

**Una experiencia de grupos de
auto-apoyo con mujeres salvadoreñas**

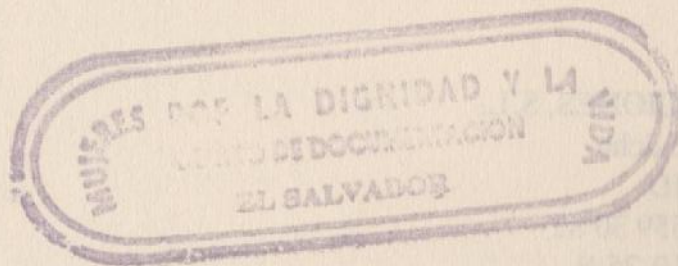
TAIASA

**HABLAN
LAS MUJERES** 

Cristina Garaizabal
y Norma Vázquez

EL DOLOR INVISIBLE DE LA GUERRA

Una experiencia de grupos de
auto-apoyo con mujeres salvadoreñas



HADLAN
LAS MUJERES





Introducción

Tienes en tus manos una publicación repleta de lágrimas y esperanzas. Para nosotras, Mujeres por la Dignidad y la Vida o «Las Dignas», este libro significa el recuento de una experiencia dolorosa y necesaria, que nos permitió llorar parte del dolor de doce años de guerra en nuestro país.

Las mujeres presentes en estas páginas estuvimos comprometidas en un proceso de cambio social, pensando siempre que tal vez, en un futuro incierto, otros pudieran vivir en mejores condiciones que las que nos tocaron vivir a nosotras. El descubrimiento del feminismo, el trabajo que realizamos como parte del movimiento de mujeres y los grupos de auto-apoyo en los cuales participamos, han sido elementos que nos permitieron reconocer la importancia de asumir, también, un compromiso con nosotras mismas y nuestros propios cambios.

Cuando en abril de 1993 iniciamos el proyecto «Reconstruyendo nuestra identidad de mujeres», teníamos cierta idea de lo que los grupos de auto-apoyo iban a significar, sobre todo porque habíamos participado en algunos talleres que rozaron nuestras vivencias de la

maternidad durante la guerra. Sin embargo, la realidad de los grupos fue más allá de lo imaginado.

Cada semana durante mayo y agosto, las caras de las que ya habían pasado, las marcas en sus ojos que denotaban el llanto, la extrema sensibilidad con la que caminaban, hacían sentir (a las que todavía no habíamos pasado) un dolor en el estómago que no presagiaba nada bueno.

Pero, con todo y ese temor, le entramos. Casi treinta de nosotras tuvimos la posibilidad de participar en los grupos de auto-apoyo y una cantidad semejante de compañeras de otros organismos de mujeres también lo hicieron. En el camino se quedaron alrededor de cuarenta más para quienes, probablemente, el dolor de estómago pudo más que las ganas de atreverse.

Estos grupos significaron mucho para nosotras. Meses después, cuando algunas de nosotras fuimos entrevistadas para hacer una evaluación que pudiera incorporarse a este libro, coincidimos en lo valioso de la experiencia. Más difícil nos resulta valorar hasta dónde llegará esta huella. Quizás para ello haga falta darle tiempo al tiempo.

Por estas fechas las librerías de El Salvador empiezan a llenarse con una cantidad de testimonios (personales y/o colectivos) sobre la guerra. Periodistas, comandantes, ex-guerrilleros y ex-guerrilleras aportan fragmentos de su experiencia, rescatando una década de silencio. Creemos que esta necesidad de contar es importante para lograr que los y las salvadoreñas de ahora y del futuro no olviden lo que vivimos, para que impidan que ocurra otra vez.

Con esta publicación queremos exponer parte de nuestras vivencias y también compartir algunas reflexiones sobre lo que a nuestra olvidada subjetividad femenina le ocasionó esta guerra. Tal vez a otra gente le permita encontrar puntos de referencia para tratar los desgarros del alma y construirse en sujetos protagonistas de sus vidas. Por lo menos ésa ha sido la idea que nos guió en los grupos de auto-apoyo y que alimenta nuestro trabajo.

El protagonismo al que hacemos referencia no sólo es necesario en cuanto a las condiciones económicas o políticas de nuestra existencia; debe extenderse a todos los ámbitos de nuestra vida, colaborando en la construcción de nuevos sujetos más autónomos y solidarios, y de unas relaciones sociales menos opresivas. Creemos que las ideas y la práctica feministas tienen mucho que aportar en esta tarea.

Al movimiento de mujeres, pero también a otros actores sociales, les reiteramos nuestra convicción de que la reconciliación necesaria en esta etapa de posguerra sólo podrá avanzar con pasos firmes cuando le abramos al dolor un camino para sanar. El silencio, necesario en otros momentos, puede estar ahogándonos ahora. Una angustia que no se llora se convierte en un fantasma que no nos deja vivir en paz. Una de nosotras contaba así su experiencia en los grupos:

«Yo nunca había contado todo lo que ahí dije. No me imaginaba que iba a ser tan doloroso y me sentí tan conmovida de mi corazón de ver tanta cosa que nosotras las mujeres sufrimos. El grupo me sirvió mucho porque agarraba más valor al ver que no era sólo yo la que pasaba esos problemas sino que la mayoría de las

mujeres que allí estábamos los habíamos pasado, pero no conocía el problema de las otras porque nunca los hablábamos.

Algunas cosas es muy penoso contarlas porque no son agradables, pero en ese grupo de mujeres solidarias yo sentí confianza para llorar lo que antes no lloramos. Por ejemplo, cuando hubo una invasión donde murieron siete mujeres y yo fui la primera que llegó a ese lugar, después llegaron los jefes y se empezó a recoger a la familia que estaba destrozada. Los jefes nos decían: «ahorita no es el momento de llorar, ahorita lo que queremos es que sean valientes». No nos dejaban llorar, nos sentíamos reprimidas, estar viendo todos los pedazos y no poder llorar porque estaba prohibido. Yo me sentía como ahogándome, sentía una cosa que no podía expresar, me sentía bien mal.

En el grupo yo saqué eso y varias cosas más porque sentía aquella gana de decir las cosas que me habían pasado hace mucho tiempo y ya no aguantaba tenerlas, y por eso me sentía bien y me siento bien haberlas dicho».

El proyecto del que hacemos memoria en este libro fue realizado gracias al apoyo de muchas compañeras que creyeron en él y en su necesidad y que nos aportaron a nosotras su entusiasmo y disposición.

Clara Murguialday y Norma Vázquez lo concibieron y lograron entusiasmanos para asumirlo. Después, desde abril hasta diciembre de 1993, se dedicaron a llevarlo adelante. Fueron las encargadas de darnos ánimo, de entrevistarnos y recibir nuestros primeros llantos. Su involucramiento en el proyecto las llevó a cuidarnos y ofrecernos un espacio de atención que para

muchas de nosotras fue novedoso... era la primera vez que alguien se ocupaba de nosotras, de que tuviéramos una buena comida, de que nuestros niños y niñas quedaran atendidos mientras trabajábamos.

Ruth Polanco, como auxiliar del proyecto, puso todo su eficiencia no solamente en el apoyo material del mismo, sino también en animar a mujeres que no eran de «Las Dignas» para que participaran en los grupos. Su dedicación nos permitió iniciar una relación de trabajo más allá de la duración del proyecto.

Cristina Garaizabal y su entusiasmo para viajar desde España dos veces en el mismo año fueron fundamentales. Su propia experiencia está relatada en otras páginas, aquí sólo queremos dejar sentado que su experiencia, profesionalismo e involucramiento con las mujeres le permitió escucharnos y darnos un apoyo que está más allá de todo agradecimiento. Su estancia en nuestro país fue aprovechada, además, por un grupo de psicólogas salvadoreñas que compartieron con ella reflexiones sobre la subjetividad femenina.

Cristina Ibáñez, Gilda Parducci y Marisa Rodríguez fungieron como coterapeutas en la ronda de grupos de agosto y a ellas también queremos agradecer su apoyo.

Sussane Lerch, desde Suiza, hizo posible que el proyecto no fuera solamente una ilusión. Su confianza en nosotras y el entusiasmo con que apoyó la gestión del mismo lo hicieron realidad.

Queremos agradecer, por último, a la Fundación Pro Víctimas de Suiza su apoyo económico para la realización de este proyecto.

MUJERES POR LA DIGNIDAD Y LA VIDA

San Salvador, El Salvador, abril de 1994

Nota de las autoras

Escribir un libro con un océano de distancia es una aventura interesante. La enfrentamos, sin embargo, porque ya habíamos trabajado juntas en la realización del proyecto «Reconstruyendo nuestra identidad de mujeres» con el mismo océano de por medio. Aunque el teléfono y el fax resultan menos cálidos que la posibilidad de mirarnos y hablar horas y horas, tuvimos que superar estos y otros inconvenientes para dar a la luz esta publicación que nos permite, entre otras cosas, distanciarnos de la inmediatez de las sensaciones y emociones que la propia experiencia nos ha significado.

De todos modos, y a pesar de la riqueza de matices de la lengua castellana (en este caso resultado de la combinación de giros españoles, mexicanos y salvadoreños), corremos el riesgo de no transmitir fielmente los afectos y las expresiones del alma de las mujeres con las que compartimos este proyecto.

En octubre de 1992, en un apartamento de Madrid, escribíamos las primeras líneas para dar forma al proyecto. En esos momentos nos asaltaban algunas inquietudes que, sin embargo, dejamos para más adelante. Cuando se hizo realidad, nos volvieron a surgir algunas

interrogantes: ¿lograríamos contar con la confianza de las mujeres salvadoreñas a las que iba dirigido el proyecto? ¿Podríamos, ambas extranjeras y sin más conocimiento de la guerra salvadoreña que el que nos daban las noticias y el trabajo de solidaridad, entender la complejidad de sus vivencias durante la guerra?

Varios elementos nos hicieron superar estas dudas. Primero que nada, la confianza que depositaron en nosotras y el proyecto «Las Dignas», el grupo feminista salvadoreño que lo asumió como propio. Segundo, la experiencia que ambas teníamos en el trabajo feminista con mujeres de nuestros respectivos países. Tercero, nuestro interés común en ahondar en la subjetividad femenina. Todo ello nos permitió descubrir afinidades y darnos apoyo mutuo en cada una de las fases del proyecto, incluida la redacción de este libro.

Desde el comienzo del nuevo movimiento feminista se le ha concedido suma importancia a los aspectos relacionados con la subjetividad femenina. Estos aspectos subjetivos hay que tenerlos en cuenta no sólo para entender el proceso por el que las mujeres se convierten en sujeto colectivo con protagonismo, sino también para entender el papel que juegan en los procesos colectivos de enfrentamiento al orden vigente.

Las salvadoreñas dejan oír su voz cada día más y se están convirtiendo, cada vez más, en protagonistas de sus vidas, reclamando ser reconocidas en todos los ámbitos de la sociedad. La fuerza que está adquiriendo su movimiento y el impacto que tiene en el sentir de un gran número de mujeres, hace imprescindible abordar en los proyectos de salud mental la especificidad del ser mujer en esta sociedad y este tiempo.

Al plantearnos trabajar con los grupos de auto-apoyo de mujeres partíamos de la idea de que las mujeres han pagado un costo social específico en estos años de guerra, costo que tenía una relación directa con su situación como género subordinado. Esta hipótesis se ha visto plenamente confirmada, como iremos viendo a lo largo de las páginas siguientes.

Aunque el número de mujeres que han participado en los grupos no permite hacer generalizaciones excesivas, constatamos que las problemáticas y sufrimientos de una parte importante de mujeres durante estos años no se deben exclusivamente a situaciones particulares o a las peculiaridades de cada cual. Tampoco son exactamente iguales a las sufridas por los hombres.

Las mujeres somos discriminadas por el hecho de pertenecer a un género, el femenino, minusvalorado socialmente en relación al masculino. Pero, además, el género es también una instancia subjetiva, una interiorización que hacemos de la situación social subalterna que conlleva, entre otras cosas, situarnos ante el mundo con una particular configuración de la subjetividad.

Otra de las ideas que han guiado nuestro trabajo es la consideración de que si no se abordan, individual y colectivamente, los desgarros en la identidad producidos en estos años de guerra, el movimiento de mujeres salvadoreño estará dejando de lado un elemento importante de su historia. La toma de conciencia feminista es un proceso que reviste características especiales para las mujeres que participan en él. La supuesta naturalidad del papel social de las mujeres, así como el que muchos de los aspectos que se ponen en juego en la construcción

del movimiento de mujeres tienen una estrecha relación con los afectos, implica el cuestionamiento de una serie de elementos que pertenecen a lo que se ha dado en llamar la vida privada.

No es extraño que sea el movimiento de mujeres quien ha planteado la consigna «*lo personal es político*», en un intento de demostrar que muchas de las vivencias más personales de la gente y, en particular de las mujeres, tienen que ver con las estructuras públicas de una determinada cultura.

El movimiento feminista debe tener presente estos aspectos que afectan a la subjetividad de las mujeres si quiere despertar sus conciencias, entusiasmándolas para participar activamente en su proyecto emancipador.

Estas páginas están dedicadas a las sesenta y cuatro mujeres que participaron en los grupos de autoapoyo y que nos dejaron conmovidas con su dolor y admiradas con su fuerza. También es para todas aquellas que se quedaron a mitad del camino en esta experiencia. Quisiéramos compartirlas, por último, con todas aquellas que vislumbran la importancia de ahondar en la subjetividad femenina, pero aún no se atreven a hacerlo en la propia

Cristina Garaizabal y Norma Vázquez

Madrid y San Salvador, Abril de 1994

1. Los efectos de la represión política en la identidad personal

1.1. La represión política

En El Salvador la tortura, las desapariciones, los asesinatos y el exilio formaron parte de la violencia cotidiana que sufrió la población durante los doce años del conflicto armado y varias décadas anteriores. Casi todo el mundo tiene algún familiar que fue torturado, un conocido al que desaparecieron, una amiga asesinada, o una persona querida que tuvo que salir del país para evitar que la mataran.

El informe de la Comisión de la Verdad (formada como parte de los Acuerdos de Paz) da cuenta del testimonio directo de dos mil personas que denunciaron más de ocho mil hechos graves de violación a los Derechos Humanos que afectaban a más de siete mil personas. Recogió además veintitrés mil denuncias de fuentes indirectas con más de trece mil hechos graves de violencia.¹

La represión, ejercida directamente por los cuerpos de seguridad o indirectamente por los llamados «escua-

¹«De la locura a la esperanza». Informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador. Naciones Unidas, San Salvador, Nueva York 1992-1993.

drones de la muerte», (o «grupos ilegales armados con intencionalidad política» según se denominan ahora), generó un clima de terror que se convirtió en una segunda piel con la que convivieron muchos hombres y mujeres durante los años de la guerra. Con esta piel se vieron obligados y obligadas a desconfiar, callar, mentir, huir... todo lo que hiciera falta para intentar sobrevivir en una situación de violencia institucionalizada.

El objetivo de esta represión está claro: pretende crear una población sumisa, romper el tejido social solidario, establecer la total impunidad para quienes ejercen la violencia e intimidar a la población. En definitiva, lograr que el miedo y la desconfianza paralicen a las personas y reduzcan su sentido de futuro.

Durante la guerra, la gente estuvo sometida al límite de sus capacidades, a situaciones extremas que no por ser cotidianas perdieron su carácter traumático. Situaciones que dejan huella en el momento de producirse e influyen posteriormente. Y que no sólo afectan a quienes las han sufrido más directamente, sino también a quienes conforman su entorno más cercano. Estas situaciones modifican comportamientos personales y además se expresan en el conjunto de las relaciones sociales de la persona que las ha vivido. Por lo tanto, para afrontarlas es preciso trabajarlas, tanto a nivel individual como social.

El padre jesuita Ignacio Martín Baró, asesinado por el ejército en noviembre de 1989, fue uno de los principales estudiosos del impacto que la guerra ha tenido en la salud mental de la población salvadoreña. Sus numerosos trabajos al respecto, compartidos en diversos seminarios y publicaciones latinoamericanas, son una

herencia inestimable para enfocar el trauma social de la guerra no como «un problema de individuos aislados, pocos o muchos,...(sino como) un problema estrictamente social. El daño producido no es simplemente el de la vida personal que se destruye, el daño se ha causado a las estructuras sociales mismas, a las normas que rigen la convivencia, a las instituciones que regulan la vida de los ciudadanos, a los valores y principios con los que se ha educado y en función de los cuales se ha pretendido justificar la represión.²

El costo de esta guerra es una sociedad profundamente herida en sus estructuras y una población afectada en su identidad, ya que las situaciones de crisis obligan a modificar las actividades, además de crear una especial sensibilidad que anima a replantearse la vida, los valores que la guían, etc. Ahora bien, estas situaciones pueden también ser propicias para generar cambios en las relaciones personales y en la participación social.

Como muy acertadamente plantean Beristain y Riera: «Las situaciones límites crean en las personas una disociación de valores que les obliga a cuestionarse su propia existencia. La única forma de superar la sensación de quiebra es afrontar esas situaciones también desde un punto de vista constructivo. Esta paradoja explica las vivencias de profundo dolor y esperanza en Latinoamérica. Se trata de considerar a las personas activas, capaces de transformar las relaciones sociales y sus propias mentalidades, y que después de pasar una

² Martín Baró I. «Democracia y reparación», en Derechos Humanos: todo es según el dolor con que se mira. Santiago de Chile, 1990.

experiencia traumática y brutal necesitan más apoyo para continuar y rehacer sus vida y su lucha».³

De las reflexiones sobre el costo emocional de las múltiples formas de represión que se han vivido en América Latina en las últimas décadas, queremos retomar el trabajo de Carlos Martín Beristain y Francesc Riera antes mencionado. En él se recoge la experiencia de grupos de auto-apoyo con una población que ha sufrido las consecuencias de la represión política en Latinoamérica. Especialmente interesante nos parece la sistematización que hacen de los mecanismos que ayudan a resistir en las situaciones límite, así como las consecuencias que la represión tiene en la identidad personal y colectiva.

Recogiendo las experiencias de personas o grupos que han sufrido situaciones límite, señalan que para mantener la integridad en esos momentos ha resultado clave: tener unas convicciones firmes, conservar el control de la situación, conocer los métodos y las estrategias del poder, preservar la autonomía y afirmar otra realidad. También analizan, muy certeramente, el quiebre de la identidad personal como uno de los objetivos fundamentales de la represión.

«La represión política trata no sólo de controlar e intimidar a la población, sino de cuestionar y romper la identidad de las personas... La represión se dirige contra las personas por formar parte de un colectivo, de un proceso histórico determinado. Sin embargo, las personas deben afrontar muchas de esas situaciones con sus

³ Beristain, C. y Riera, F. «Salud mental: la comunidad como apoyo». Talleres Gráficos UCA. San Salvador, 1992.

recursos individuales. De esta manera, la represión trata de producir un abismo entre lo individual y lo social, que como hemos visto son las dos partes de la identidad».⁴

Junto con importantes aciertos en los trabajos antes mencionados, podemos apreciar la ausencia de análisis sobre los efectos de la represión en hombres y mujeres. El hecho de pertenecer al género femenino no se consigna como un elemento significativo que ha tenido y tiene sus peculiares repercusiones. Desde nuestro punto de vista, este vacío impide analizar cuál ha sido el costo social específico que las mujeres han pagado en estos últimos años y condiciona las posibilidades de abordar cabalmente un trabajo de salud mental con ellas.

1.2 La identidad femenina

Como ya hemos dicho antes, una de las consecuencias de estar sometido a situaciones límite es el cuestionamiento y el desgarramiento de la identidad personal.

La identidad personal es algo fundamental para las personas, algo que forma parte del núcleo más íntimo de nuestra personalidad. Es la imagen que cada cual tiene de sí misma o de sí mismo, la idea que nos hacemos de lo que somos y cómo somos, de nuestras cualidades, forma de ser, capacidades... Está compuesta de elementos conscientes e inconscientes.

Los seres humanos no nacemos con una identidad definida. Por el contrario, se va configurando por la interacción de elementos individuales (capacidades,

⁴ op. cit.

potencialidades, gustos, características físicas...) con los sentimientos de pertenencia a las diferentes formas de inserción social (sexo, clase social, edad, opción sexual, ideas políticas, religiosas...). Estos sentimientos de pertenencia y las propias clasificaciones sociales no son estáticos, se modifican con el transcurso del tiempo, a lo largo de la historia de la comunidad determinada a la que se pertenece.

La identidad personal es un núcleo de convicciones compuesto por una identidad individual («soy una persona única») y una identidad o identidades sociales («tengo cosas en común con otras personas»). No se trata, por lo tanto, de algo ahistórico, inmanente, estático o uniforme, por el contrario, es un proceso dinámico. Pero a pesar de su constante transformación, es un elemento vital para mantener nuestro equilibrio personal sometido a múltiples tensiones que amenazan su estabilidad.

En las sociedades contemporáneas la pertenencia a uno u otro sexo condiciona la existencia de mujeres y hombres. Nacer hombre o mujer es un elemento importante en la configuración de la subjetividad e identidad de los seres humanos. Las mujeres, por el hecho de nacer hembras, son socializadas de manera diferente a los hombres y comparten entre sí toda una serie de valores, cualidades, rasgos de personalidad, atribuidos. Ahora bien, la interiorización que se hace del género y su impacto en la configuración de las identidades personales individuales depende de otros muchos factores relacionados tanto con la historia particular como colectiva.

El nacimiento del movimiento feminista en El Salvador ha sido un elemento importante para poner al

descubierto lo que significa ser mujer en una sociedad estructurada en función de la división de sexos. Han empezado a elaborarse diversos estudios sobre la discriminación que viven las salvadoreñas en función de su género en la educación, trabajo, salud, en fin, en todos los aspectos de su vida. También hay una acción feminista destinada a indagar lo que sienten las mujeres al vivir así. Hay que tener en cuenta que la teoría feminista, a diferencia de otras teorías sociales (como por ejemplo la teoría marxista), apela a la mujer no sólo como categoría social sino también refiriéndose a una sensación del yo, a una identidad subjetiva culturalmente condicionada o construida.

Desde los primeros momentos del nuevo movimiento feminista internacional se ha puesto especial acento en los aspectos subjetivos de las mujeres. Este énfasis ha dado lugar a interesantes aportaciones y ha permitido romper una tradición de sobrevaloración de los aspectos materiales con el subsiguiente olvido y desconsideración de los elementos psicológicos y subjetivos.

Tomar en consideración la subjetividad femenina como algo que tiene sus características específicas ha permitido también nombrar y hacer presente socialmente a una parte de la población (el cincuenta y dos por ciento) que se veía subsumida en el genérico «hombre»; parte mayoritaria de la población que paradójicamente no contaba socialmente, que no era visible ni tenía una entidad como tal. Ha sido, por lo tanto, importante para construir un movimiento de rebeldía enfrentado al orden social que consagra su subordinación.

No obstante, contemplar la identidad femenina en contraposición a la masculina e intentar reconcep-

tualizarla en un sentido contrario, es decir, revalorando lo que ha sido minimizado, tiene también sus peligros. Uno de ellos es creer que esa identidad es algo ya dado, que forma parte sustancial de la personalidad de todas las mujeres. Desde esta perspectiva se tiende a homogeneizar a todas sin contemplar la diversidad de situaciones y subjetividades existentes.

Esta tendencia, además de que no responde a la realidad de lo que hoy son y sienten las mujeres, entronca peligrosamente con la ideología dominante. De hecho, buena parte de las ideas tradicionales que mantienen a las mujeres en una situación de subordinación se basan en la presunción de una identidad femenina diferente y complementaria a la masculina, identidades ambas a las que se les asigna condición de «naturaleza». De esta manera, lo que son elementos de subordinación debidos a relaciones sociales que pueden ser modificadas aparecen como algo natural, que viene dado por las naturalezas diferentes de hombres y mujeres y que por lo tanto no pueden ser transformados.

En El Salvador, en estos años de guerra, la identidad de las mujeres ha sufrido múltiples ataques producto de las situaciones límite a las que han estado sometidas, junto al resto de la población, especialmente aquéllas que han participado directamente en el conflicto armado. Ahora bien, hay que tener presente que estos costos han adquirido para las mujeres un significado especial. Los desgarros producidos por separaciones, desapariciones o muertes de los hijos e hijas y familiares próximos, las renunciadas afectivas, la imposibilidad de elaborar muchas veces los duelos de personas queridas... posponer, en definitiva, todo lo que tiene que ver con el

cuidado emocional y afectivo a la lucha por la supervivencia ha significado para las mujeres contravenir un mandato de género profundamente interiorizado en la mayoría de los casos.

Los ataques a la identidad adquieren significaciones especiales y específicas si tenemos en cuenta, además, que los valores machistas imperan también en las fuerzas de izquierda, y que la mayoría de mujeres que se incorporaron a la guerrilla lo hicieron desempeñando tareas y papeles subalternos. Aunque algunas de estas tareas fueron valoradas como indispensables durante la guerra, no se les dio la misma importancia en la firma de los Acuerdos de Paz; el programa de transferencia de tierras, por ejemplo, es una muestra de la discriminación de las mujeres en las filas del FMLN.⁵

Las mujeres, desvalorizadas socialmente y al interior de las organizaciones en las que optaron participar, tienen serias dificultades para encontrar nuevos equilibrios personales, permaneciendo en una situación de confusión vital, propia de las personas que siente cuestionada o atacada su identidad.

Antes decíamos que la subjetividad femenina, en sociedades donde el componente patriarcal es muy fuerte, se organiza con elementos diferenciales en relación a la subjetividad masculina. Los prototipos vigentes culturalmente sobre la masculinidad y la feminidad influyen poderosamente en la construcción de la identidad de hombres y mujeres. Lo cual no quiere decir que unos y otras reproduzcan tal cual dichos prototipos.

⁵ Un análisis sobre este tema está recogido en la investigación titulada «Transferencia de tierras: discriminaciones hacia las mujeres», *Mujeres por la Dignidad y la Vida*, Colección Debate No. 2. San Salvador, 1993.

Pero en mayor o menor medida, según las historias individuales, lo que sí parece es que estos prototipos funcionan como puntos de referencia, bien como modelo a imitar o bien como esquema negativo del que hay que deslindarse.

1.3. El prototipo de feminidad en El Salvador

El prototipo de feminidad vigente en la sociedad salvadoreña sigue considerando la maternidad como la meta fundamental para las mujeres, el eje en torno al cual se articula la identidad femenina. Se considera que las mujeres no alcanzan su madurez hasta que no se convierten en madres. Este imperativo está tan arraigado que no necesita decirse abiertamente, es algo que todo el mundo sabe que es y debe ser así. Se supone que la maternidad es el destino de las mujeres, que el tener la posibilidad de desarrollar una función biológica (quedar embarazada) implica ineludiblemente el deseo de ejercerla.

La cultura patriarcal considera parte de una misma cadena la función biológica (posibilidad de embarazo) y la función social (ejercer de madre y cuidar a las criaturas) aplicando a ambas el mismo carácter «natural». A lo largo de la vida de las mujeres se potencia en ellas, de manera unilateral, todas las cualidades que sirven para ejercer esta función y se reducen las expectativas y presiones sociales a verla cumplir el papel de madres. Se supone, por consiguiente, que las tareas que impliquen una cierta función maternal deben ser ejercidas por mujeres.

Menoscabadas en su autoestima para realizarse en otras funciones, las mujeres depositan en la maternidad el sentido de su existencia de tal manera que ésta se convierte en el único terreno donde se les permite ejercer un cierto poder (engañoso y temporal ya que las leyes que rigen la maternidad no las dictan las mujeres e inevitablemente los hijos e hijas crecen y se van). Restituida su valoración y sentido de vida a través de la maternidad, las madres consideran que todo lo que les ocurre a sus hijas e hijos es responsabilidad de ellas.

Las culpas por no cumplir el mandato que sus propias madres les transmitieron y no ser «buenas madres» hacen estragos en la subjetividad femenina. Por otra parte, la consideración de las tareas maternas como devoción y no como trabajo lleva consigo que las quejas y el chantaje sean las formas preferidas por las madres para poner de manifiesto su malestar.

El cuidado afectivo y emocional de los demás, especialmente de aquéllos con quienes se ha entablado una relación familiar o afectiva, es otro de los imperativos de la feminidad tradicional. Este imperativo, transmitido generalmente por las propias madres, suele ser uno de los elementos más profundamente interiorizados y que configuran parte del núcleo de la subjetividad femenina.

Esta moral de los cuidados —que sería deseable, en principio, que se desarrollara en todos los seres humanos— se potencia de manera unilateral en las mujeres, limitándoles otras cualidades y habilidades. De tal manera que el núcleo más íntimo de la personalidad, es decir el yo femenino, es un yo-en-relación (concepto acuñado por la psicóloga norteamericana Jane Baker Miller), un yo que se autovalora y adquiere estima en función, no

tanto de los logros que se consigan o de la capacidad operativa, sino en función de las relaciones que se es capaz de establecer. La propia capacidad de valoración de las mujeres suele depender así, en exceso, de la imagen y la valoración que los demás tengan de ellas y las relaciones afectivas se convierten en el instrumento fundamental a través del cual las mujeres se valoran.

Por último, otra de las metas de la feminidad tradicional en El Salvador es lograr una sexualidad más reprimida, menos visible que en los hombres. La pareja heterosexual y monógama aparece como un ideal para la mayoría de mujeres y hombres. La virginidad se mantiene como un valor que deben conservar las muchachas y que deben exigir los muchachos. Todo ello colabora a que las mujeres aparezcan, y en muchos casos ellas mismas así lo vivan, como seres menos sexuales (más sensuales que sexuales) y que la obtención de placer y goce sexual femenino se contemple solamente cuando va unida a la posibilidad de establecer unas relaciones afectivas estables.

Durante la guerra, sin embargo, las mujeres vivieron experiencias de ruptura con los imperativos antes expuestos. En algunos casos estas rupturas fueron conscientes, opciones que se asumieron de manera voluntaria a pesar de los costos que implicaban. En estas situaciones las tensiones y desgarros producidos en la identidad son fácilmente superables en un marco donde se pueda compartir la experiencia, los presupuestos ideológicos y encontrar nuevas metas de desarrollo personal. Pero en muchos casos, estas rupturas fueron el débito obligado, el precio que era necesario pagar por llevar adelante un compromiso militante o, simplemente

te, la consecuencia de una situación donde el imperativo de la supervivencia frente a la represión dejaba poco margen para la opción. En estos casos las vivencias son más contradictorias, las culpas, las dificultades para establecer los propios deseos, la rabia y la frustración necesitan no sólo un marco adecuado, sino también tiempo para ser elaboradas.

1.4. Reconstruir la identidad en el caso de las mujeres

Cuando se han sufrido experiencias traumáticas y la identidad se siente amenazada, las personas buscan restablecer su equilibrio emocional. A veces se logra de manera inmediata a través de mecanismos de defensa que ayudan a sobrevivir sin perder el contacto con la realidad. La negación de la experiencia vivida, el intento de olvidarse de ella no pensando más, la represión de los afectos provocados, la racionalización excesiva o incluso fingir inventando una historia que nada tiene que ver con lo que realmente pasó... todo ello ayuda a seguir adelante.

Pero cuando el tiempo pasa y sobre todo, como es el caso de El Salvador, cuando la situación social cambia de manera sustancial y la vida cotidiana se normaliza, se necesitan otro tipo de respuestas pues los recuerdos aparecen de manera insistente y las huellas que la experiencia ha dejado en nuestro psiquismo se dejan sentir con más fuerza. Se hace necesario, por lo tanto, encontrar nuevos equilibrios que restablezcan la identidad erosionada y que permitan reconstruir nuevos proyectos vitales y sociales.

Para trabajar este proceso de reconstrucción con las mujeres es imprescindible tomar en cuenta los elementos presentes en la identidad de género que hemos desarrollado anteriormente. La existencia de un movimiento feminista salvadoreño, joven pero lleno de energía, está entusiasmando a muchas mujeres, especialmente a aquéllas que han tenido una militancia política en el pasado. El reclamo de un protagonismo para las mujeres que se hace desde este movimiento influye en el sentimiento de pertenencia al colectivo «mujeres» y logra un peso, cada vez mayor, en la subjetividad de muchas salvadoreñas.

El trabajo realizado con los grupos de auto-apoyo nos ha permitido detectar las problemáticas más frecuentes y desgarradoras que han vivido mujeres que están militando y dirigiendo algunas expresiones organizadas del movimiento de mujeres salvadoreño; asimismo, nos posibilita elaborar instrumentos que les ayuden a elaborar estas experiencias para mejorar su calidad de vida en el terreno emocional.

Esta labor es importante, pensamos, no solamente por los efectos más directos que tiene en las participantes de la experiencia, ni sólo porque a partir de ella se abran espacios de los que se pueden beneficiar más mujeres. Su importancia radica también en que redunde en el tipo de movimiento de mujeres que se construye y en el tipo de relaciones sociales y personales que se plantea establecer entre los géneros.

Los análisis y los enfoques feministas han significado, para un importante número de mujeres salvadoreñas, una fuente de entusiasmo personal y un marco para entender mejor experiencias propias que hasta entonces

se vivían en solitario y culpablemente. El feminismo está permitiendo, también, un enriquecimiento de la visión crítica sobre la sociedad y una fuente renovada de estímulo transformador. Ahora bien, que el movimiento de mujeres sea capaz de mantener esta vitalidad y entusiasmar a más mujeres dependerá, creemos, de que sea capaz de recurrir a ese manantial de agua fresca que significa la experiencia humana, con todas sus contradicciones y ambigüedades.

Sin recurrir a ella, moviéndose sólo con las grandes abstracciones teóricas y haciendo caso omiso de la gente de carne y hueso, de sus dolores y esperanzas, el movimiento de mujeres (así como otros movimientos sociales) corre el riesgo de volverse rígido, seco, dogmático y controlador. Para poder tener en cuenta la experiencia humana es necesario que cada persona sea capaz de contemplar su propia experiencia sin rabia ni frustración, que se asuma no como una víctima impotente sino como ser humano que intenta entender y elaborar su pasado, asumiéndolo como parte de la experiencia vivida que puede enriquecer el futuro individual y colectivo que quiere construir.

Por eso, entre otras cosas, es importante la experiencia del trabajo de salud mental con mujeres, con un enfoque comunitario y feminista.

2. Las participantes en los grupos de auto-apoyo

2.1. Características generales

Durante los meses de mayo y agosto de 1993 se realizaron ocho grupos de auto-apoyo en los que participaron sesenta y cuatro mujeres. Los requisitos para participar eran: asistir voluntariamente —no por designación del organismo o institución— y estar dispuesta a trabajar durante los tres días de duración del grupo; sentirse afectada emocionalmente por la guerra y no tener otras oportunidades de acceso a programas de salud mental y ser parte activa del movimiento de mujeres.

Más de cien mujeres respondieron a la convocatoria inicial presentándose a una entrevista en la que se les pedía sus datos generales y una pequeña narración de su experiencia durante la guerra. El material obtenido en esta etapa nos permitió conformar los grupos combinando distintas problemáticas y evitando que coincidieran en un mismo grupo mujeres con relaciones afectivas muy cercanas o de mucho conflicto.

Las participantes tenían entre 19 y 64 años. Casi la mitad de ellas estaban entre los 25 y 35 años de edad. Por

haberse realizado todos los grupos de auto-apoyo en San Salvador, éstos resultaron más accesibles para las mujeres que habitaban en la capital; así, sólo una de cada cuatro participantes residía en el área rural.

Una tercera parte de las asistentes llegó a sexto grado de enseñanza primaria y otras tantas habían cursado enseñanza media (bachillerato). Asistieron dos mujeres que no sabían leer y escribir y otras tres que apenas podían hacerlo. Solamente siete tenían estudios universitarios y una había cursado un posgrado.

La mitad de las participantes manifestaron estar casadas o acompañadas en esas fechas; veinte eran solteras, doce estaban separadas o divorciadas y seis eran viudas. Sólo diez de las asistentes no eran madres. La mayoría de las 54 que sí lo eran tenía entre uno y tres hijos.

Veintitrés mujeres dijeron que habían abortado al menos una vez; en la mitad de los casos se trató de abortos inducidos voluntariamente. Todas las mujeres que habían interrumpido su embarazo manifestaron no haber tenido secuelas físicas, aunque sí algunas emocionales.

En las fechas en que tuvieron lugar los grupos de auto-apoyo, sólo cuatro de las participantes no estaban trabajando fuera del hogar (eran amas de casa) y otras ocho sí lo hacían pero en régimen de voluntariado, sin recibir pago.

Las restantes 52 mujeres trabajaban remuneradamente: el noventa por ciento de ellas se desempeñaba en organizaciones no gubernamentales de trabajo con mujeres y el resto en universidades e iglesias. La mitad de las mujeres que trabajaban remuneradamente se

consideraban jefas de sus hogares; el resto se dividía por partes iguales entre quienes no eran jefas de hogar y las que consideraban que la responsabilidad doméstica estaba compartida.

El promedio de ingresos mensuales de las mujeres trabajadoras remuneradas era de 1.500 colones (equivalentes a 180 dólares). Con este nivel de ingresos, cuatro de cada diez mujeres consideraban cubiertas la mayor parte de sus necesidades (aunque no llega al diez por ciento las que aseguraban cubrir todas sus necesidades). Una cuarta parte sólo lograba satisfacer sus necesidades básicas (alimentación, vestido, vivienda) y un tercio ni siquiera sus necesidades básicas.

2.2. Por qué y cómo se integraron a participar políticamente

Cincuenta y ocho de las sesenta y cuatro mujeres manifestaron haberse involucrado conscientemente en la guerra, sea como militante del FMLN o como apoyo a la guerrilla. Las causas que las llevaron a tomar esta decisión fueron diversas. Cuenta una mujer del campo que se desempeñó como apoyo logístico, cosiendo uniformes en un refugio hondureño:

«Nos decidimos a participar en la guerra porque nos decían que si éramos católicos teníamos que participar en eso y así fue que nosotros, a través de la Biblia, entramos a participar. Nos decían que debíamos ser callados, que no debíamos de andar comentando con otra gente, que teníamos que ser ocultos. A mí siempre me ha gustado participar, yo no me quería quedar de

menos allá arrinconadita, siempre me gustaba andar en medio de la gente de los grupos, no me sentía bien cuando me dejaban a mi sola. Por eso empecé a participar apoyando a los muchachos».

Las razones de una mujer de la ciudad que llegó a ser dirigente del FMLN fueron otras:

«Mi involucramiento en la guerra fue consciente pero soñador, romántico, era la idea de que entregarse a los demás era la mejor manera de vivir la vida, de construir una sociedad más justa, más humana, donde no hubiera tanta tristeza en los ojos de la gente. Yo recuerdo eso mucho, como una idea inicial mía, de que ya no iba a haber más tristeza en los ojos de la gente. Nunca pensé en el nivel de autorepresión que iba a tener que vivir, nunca me imaginé el costo humano, material, ni lo que la guerra iba a implicar. Desde muy jovencita fui asumiendo responsabilidades sobre otra gente y era buena para organizar, captaba mucha gente con la que me sentía comprometida. Todos mis compañeros de estudio con los que me incorporé murieron, sólo yo he quedado viva. Creía que eran posibles los cambios, para mí la idea del socialismo era muy idealizada, era como la utopía a conquistar. Creía que era posible en el país».

Para una muchacha del campo que fue combatiente del FMLN, la causa de su incorporación fue el miedo:

«Me incorporé al frente de guerra a los catorce años, cuando yo llegué habíamos varias de esa edad,

incluso menores. Cuando me incorporé lo hice por miedo a la persecución, ya nos andaban persiguiendo porque empezábamos a trabajar en las milicias. Yo no fui consciente de lo que iba a hacer, más que todo fue el miedo de estar en la comunidad y que me capturaran, o sea, pensaba que se les iba a ser más difícil buscarme en el frente».

Para una militante del FMLN en la ciudad de San Salvador, que se desempeñaba en las milicias, el motivo fue:

«Mi papá estaba en esto y yo a él lo quería mucho. A mí me consentía todo, éramos uno solo, él y yo. Cuando lo desaparecieron lo busqué días y días. Al darme cuenta que no iba a aparecer decidí retomar su bandera de lucha, por eso empecé a participar».

Solamente seis de las participantes señalaron que su involucramiento no fue totalmente voluntario sino que se vieron participando porque el conflicto llegó a su cantón o porque sus familiares estaban militando o apoyando al FMLN.

«Yo me involucré en esto porque de antemano ya sabía que me iba a involucrar, como que ya había un tapete, desde chiquita mis papás se involucraron, toda mi familia estaba en eso, entonces como que no cabía que yo no me involucrara, ni siquiera lo pensé. Todos esperaban, y yo también, que tenía que hacerlo.»

«Yo no me involucré en la guerra, la guerra estaba en mi casa desde que recuerdo. Crecí sin saber dónde andaba mi papá, viviendo en un país y luego otro. Crecí con miedo, sabiendo que él estaba en peligro cada vez que regresaba a El Salvador. Yo escuchaba lo de las negociaciones, lo veía en la televisión y así me enteraba de dónde estaba. Así empecé a participar, para sentirme más cerca de él».

Los testimonios anteriores son de dos jóvenes que asumieron distintas responsabilidades durante el proceso. Una mujer de la zona rural que no se movió de su lugar de origen durante todo el conflicto explica su involucramiento de la siguiente manera:

«A mi cantón llegó el ejército y tuvimos que ayudarlos, darles de comer. Cerca de allí había un cuartel y yo iba a lavarles la ropa a los soldados, se quejaban conmigo, me contaban sus cosas, me querían. A mí me daban pesar. Luego llegaron los guerrilleros y se tomaron el lugar, nos pidieron que les hiciéramos comida, que les laváramos la ropa, también ellos me daban lástima, tan jóvenes y tan lejos de sus casas. Yo por eso les ayudaba».

2.3. Su experiencia de participación

El tipo de trabajos que realizaron las que se involucraron conscientemente fue muy variado. Ellas fueron combatientes, sanitarias, cocineras o radistas en los frentes de guerra; dieron apoyo logístico desde los refugios o repoblaciones; participaron en acciones de

propaganda y de promoción de la organización popular; formaron parte de los comandos y milicias en la ciudad; sostuvieron organizaciones de defensa de los derechos humanos y de solidaridad internacional.

Seis de cada diez participantes en los grupos de autoapoyo que se involucraron conscientemente con el FMLN llegaron a ocupar algún cargo de responsabilidad o de dirección. La mayoría de ellas lo desempeñaron de uno a tres años. Solamente cinco participantes tuvieron cargos de dirección durante más de siete años.

Casi la mitad de las mujeres que tuvieron cargos de dirección durante el conflicto armado fueron responsables de tareas de tipo logístico; una cuarta parte eran responsables de tareas relacionadas con la organización del movimiento popular y la solidaridad internacional; cuatro tuvieron responsabilidades internas partidarias; otra se desempeñó en la conducción militar y cuatro más ocuparon cargos de responsabilidad general o de confianza de los jefes.

Algunas de ellas manifestaban descontento con sus organizaciones ya que, a pesar de la capacidad y compromiso mostrados, tuvieron menos reconocimiento formal que sus compañeros.

«Yo fui una dirigente durante la guerra y una dirigente con mucho miedo e inseguridad. Fui jefa de ciento cincuenta hombres con los que me mandaron a un lugar donde no había nada, ni comida, ni pisto, nada... y logramos levantar una de las bases de producción más grande y montar un punto para la retoma de una zona estratégica.»

Esa capacidad me la han reconocido algunos y la reconozco yo, pero sé que estuve cargada de miedos. Fumaba como loca al pensar que pudiera venir un operativo y yo tenía que preocuparme por la población, la comida, los armados... era una tensión increíble y para mí era un gran reto pasar de ser mamá a jefa de base militar guerrillera.

Yo me incorporé junto con mi compañero. Él llegó a tener grado de comandante, yo no. Nuestras responsabilidades eran las mismas e incluso yo llegué a tener más. Así se daban las cosas, pero yo sé que mucha gente me reconoce lo que hice.»

Para algunas de las que llegaron a ocupar cargos de dirección, era más importante el reconocimiento de la gente que los reconocimientos formales dentro de su organización. Sin embargo, manifestaban su resentimiento, sobre todo cuando al finalizar la guerra su participación y responsabilidad no fueron tomadas en cuenta en los programas de reinserción para los y las desmovilizadas del FMLN.

«Yo sí sentía actitudes de discriminación que me daban mucha cólera. En una ocasión monté un operativo, fui la responsable total y nos salió muy bien. Un día antes llegó mi compañero al frente, él era el responsable de la zona y sólo por eso se llevó todos los méritos, a él fue al que entrevistaron en Radio Venceremos. Nadie, ni él mismo, hicieron alusión a mi participación.

Ahora, con lo del Plan 600, yo ya no participaba en la organización pero aparecí en las listas de beneficiarios. Dudé mucho en aceptarlo, pero me di cuenta que ese plan era por lo que había hecho en el pasado, no por lo que hago hoy. Cuando llegué a informarme, me enojé mucho al saber que estaba en un nivel más bajo del que me correspondía y ver a tantos, que estuvieron bajo mi mando, en niveles superiores».

Del total de asistentes a los grupos de auto-apoyo, sólo una tercera parte participó en combates durante los doce años del conflicto armado. Diez de ellas manifestaron, además, que se vieron obligadas a ejecutar hechos violentos durante la década pasada. Lo que consideraban hechos violentos y que más culpa les causaba en la actualidad, era el haber pasado información para que se realizaran ajusticiamientos.

«A mi me educaron para no hacer nada que no quisiera que me hicieran, entonces dar la información sobre un hombre que era «oreja» y que yo sabía que tenía hijos y que lo más seguro es que lo fueran a matar, es lo más fuerte que me tocó vivir. Sabía que quizá esa persona estaba causando más muertos, pero la culpa de saber que su vida dependía de mi información no la podía superar».

«Yo estaba en las milicias, nunca me tocó un enfrentamiento directo gracias a Dios, pero cuando tenía que ir a hacer alguna acción pensaba: ojalá que les avisen a los soldados y que se vayan, que no haya nadie, que

se enteren que les vamos a ir a poner una bomba para que nadie resulte dañado».

«Durante mucho tiempo no pude dormir y aún ahora veo a esos hombres en sueños. Eran soldados y habían hecho una gran represión en la zona y los capturaron los compañeros. Yo no los maté pero vi cómo lo hacían. Ese es el hecho más violento en el que tuve que participar».

2.4. El impacto de la guerra en su vida cotidiana

El ochenta y seis por ciento de las participantes se vieron obligadas a cambiar su lugar de residencia a causa de la guerra, tanto al interior del país como al extranjero. Eso les ocasionó, en todos los casos, la separación de sus familiares.

Ocho de cada diez mujeres perdieron familiares a causa de la guerra. Para todas ellas, esas pérdidas significaron lo más duro de la guerra, en ocasiones fueron el motivo que las llevó a incorporarse a las filas de la oposición.

«Yo vivo mi vida con mucha culpa porque fui la única de mi familia que quedé viva, o sea, el hecho de que a mí no me mataran como a la mayoría de mi familia me ha llenado de culpa, no quiero aceptar que estoy viva, siempre me reprocho eso».

Dos de cada tres mujeres que participaron en los grupos de auto-apoyo fueron víctimas directas de capturas, amenazas de muerte, violaciones, intentos de

violación, bombardeos, masacres o cateos* durante la guerra.

«Lo peor eran los bombardeos, eso no puedo olvidarlo. Todavía hoy tiemblo cuando oigo un helicóptero. Me acuerdo que una vez, la compañera que hacía la comida había bajado a un pocito a lavar el maíz cuando llegaron los aviones. Empezaron a ponernos las bombas en el campamento, todo mundo salió corriendo del sector donde estaban bombardeando y yo ya iba casi saliendo cuando oigo el grito de una niña: la hija de la compañera de la cocina había quedado adentro, y era una tiernita como de dos meses, y yo, dentro del pánico, pero pánico porque la aviación daba terror, me regresé a traerla. Yo me acuerdo que llegué con la muchachita corriendo, llegamos a la zanja y yo me tiré con ella, en ese momento nos caen las ramas y los palos de donde explotó la bomba. Si yo no me tiro las esquirlas me hubieran hecho mierda, la muchachita daba de gritos, me acuerdo que abría la boquita y le caía tierra. Yo recuerdo que cuando ese bombardeo varios compañeros quedaron mutilados, yo lloré y daba de gritos espantada de ver aquel cuadro».

Estos hechos violatorios de los derechos humanos y del derecho humanitario internacional fueron perpetrados por el ejército (salvadoreño, hondureño), la policía y los escuadrones de la muerte en un ochenta y ocho por ciento de los casos. Sin embargo, sólo el dos por ciento

*Cateos: registros domiciliarios o personales efectuados por la policía o los soldados.

de las mujeres que los sufrieron denunciaron estos hechos ante la Comisión de la Verdad.

Una de cada cuatro mujeres participantes en los grupos de auto-apoyo fue violada. El ejército (salvadoreño, hondureño) y la policía fueron los autores del setenta por ciento de estas violaciones. El resto fueron cometidas por miembros del FMLN.

Ocho de cada diez mujeres consideran que la guerra influyó en su sexualidad. Mayoritariamente de manera negativa pues sus relaciones sexuales fueron descritas como «escasas, vividas con temor y miedo a involucrarse y poco placenteras». Una escasa minoría considera que la guerra les permitió vivir más libremente su sexualidad.

El ochenta y nueve por ciento de las madres asistentes a los grupos considera que la guerra afectó en gran medida las relaciones con sus hijas e hijos. La mitad tuvo que separarse de ellos y ellas o les dedicó poco tiempo por el exceso de trabajo.

Apenas el seis por ciento de las madres manifestaron que las relaciones con sus hijas e hijos mejoraron durante la época del conflicto armado y atribuyeron esa mejoría a la identificación de intereses y participación política que les hizo sentirse más unidas con ellos y ellas.

Las mujeres que no eran madres, siete de cada diez, expresaron que la guerra influyó en su decisión de no serlo.

«A mí me tocaba cuidar a los niños y niñas de las combatientes, ese era mi aporte. Yo ví como sufrían las mamás y los bichitos cuando se separaban, los miraba tristes. A veces los chiquitos no reconocían a la mamá cuando llegaba. De esa experiencia lo único que me

quedó claro es que no quiero tener hijos, no quiero pasar por esos sufrimientos».

«Cuando toda mi familia desapareció me quedé a cargo de mi sobrino, mi relación con él es como la de una madre y un hijo, yo creo que le tengo mucho miedo de la maternidad porque he vivido una maternidad forzada, porque me quedé sola con un niño del que fui madre».

2.5. De sus expectativas ante los grupos de autoayuda

Solamente cuatro de las participantes habían tenido algún tipo de apoyo terapéutico. Algunas de las que vivieron en las refugios señalaron que, aunque tuvieron oportunidad de acceder a apoyo psicológico, nunca lo hicieron. La mayoría señaló que durante la guerra no tuvieron tiempo de pensar en buscar apoyo emocional porque «no había nadie de confianza», «no había tiempo de pensar en eso», «nunca se me ocurrió» o «me daba algo de miedo eso, fueran a pensar que estaba loca».

Para gran parte de las participantes el apoyo psicológico era sinónimo de trastorno mental y/o locura, por lo que señalaban tener una mezcla de ansiedad, miedo y curiosidad ante su participación en los grupos de autoapoyo.

Las expectativas explícitas ante los grupos eran variadas: la mayoría esperaba «que me digan qué hacer porque yo creo que quedé mal» o «que me digan si estoy actuando mal o si así es cómo se hacen las cosas». Varias hacían referencia a su necesidad de entender a las

mujeres con las que trabajaban pero sin incluirse ellas mismas. Unas pocas pensaban que los grupos no iban a resolver todos sus problemas, pero que les darían pistas para continuar trabajando sobre ellos.

3. Los grupos de auto-apoyo

3.1. Fundamentación teórica

Los grupos de auto-apoyo tienen como objetivo desarrollar un proceso de ayuda mutua, potenciando que las participantes compartan y elaboren —en la medida de lo posible— una problemática emocional común: sus vivencias en torno a la maternidad, la violencia, muertes y desapariciones que no han podido ser lloradas, las renunciadas que implicó tomar parte activa en el conflicto armado... Se trata de hacer conscientes las problemáticas de género mediatizadas por una subjetividad construida en época de guerra y que en estos momentos arroja sufrimientos y dificultades para adecuarse a una nueva situación.

No se pretende hacer una labor terapéutica, en su sentido clásico, sino más bien preventiva. Por ello, se excluyó de la participación en los grupos a aquellas mujeres que presentaban problemáticas que constituían una entidad claramente patológica.

Para el trabajo de estos grupos se han considerado las aportaciones de Pichon-Rivière en relación a los grupos

operativos que, tal y como éste los definió, «tienen la finalidad y el propósito de movilizar las estructuras estereotipadas».¹ También se ha considerado la experiencia con grupos de auto-apoyo desarrollada por Carlos Martín Beristain y Francesc Riera recogida en el libro de estos mismos autores citado en el capítulo uno.

De la extensa bibliografía sobre la subjetividad femenina elaborada desde una perspectiva feminista, nos hemos apoyado particularmente en la sistematización de Clara Coria sobre la experiencia de los grupos de reflexión de mujeres.² Estos grupos son una modalidad de los grupos operativos y su denominación hace hincapié en el aspecto más sobresaliente de la actividad propuesta: la necesidad de indagar.

Los grupos de reflexión de mujeres se centran en la discusión y elaboración de temas cotidianos y concretos que posibilitan la toma de conciencia de la condición femenina. No obstante hay que tener en cuenta que la toma de conciencia no es una condición previa, aunque en los grupos con los que nosotras hemos trabajado casi todas las mujeres pertenecían al movimiento de mujeres y partían, por lo tanto, de un cierto nivel de conciencia sobre su situación como género subordinado.

Los grupos de reflexión de mujeres tienen una particularidad que los diferencia de otros grupos de reflexión y es su particular constitución: estar constituidos exclusivamente por mujeres. Estos grupos convocan a las

¹ Pichon-Rivière. Del psicoanálisis a la psicología social. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1978.

² Clara Coria. Los grupos de reflexión de mujeres en «Estudios sobre subjetividad femenina». Ed. Latinoamericana, Colección Controversia. Buenos Aires, 1987.

mujeres en función de su género, lo cual es algo bastante determinante.

La reflexión tiene como uno de sus objetivos principales la modificación de estereotipos, lo que implica cuestionar pautas, actitudes y creencias relativas al hecho de ser mujer que en sociedades como las nuestras se consideran algo «natural». El tema implícito en estos grupos es «la condición femenina», condición que va a determinar las diferentes maneras de «ser mujer» y que se refleja en múltiples aspectos de la vida cotidiana.

La importancia de desvelar los diferentes mecanismos que sustentan la condición de las mujeres radica en que se ofrecen instrumentos a las participantes para que se conviertan en sujetos de su propia historia, permitiendo romper con la impotencia y el victimismo a través del desarrollo de una conciencia de género. Esta reflexión y cuestionamiento de la propia subjetividad ofrece la posibilidad de entrever nuevas alternativas y de descubrir capacidades que hasta entonces se desconocían.

Los grupos de reflexión de mujeres son espacios privilegiados para posibilitar resignificaciones en la vida de las mujeres que permiten reacomodar la vida y encontrar nuevos objetivos. En la medida en que se van produciendo estas resignificaciones aparecen ciertos fenómenos que se revierten en el propio grupo y sus participantes. Estos fenómenos son a la vez la consecuencia del trabajo grupal y el motor de nuevos descubrimientos (Coria, 1987).

Trabajamos en los grupos de auto-apoyo teniendo en cuenta las aportaciones antes mencionadas. Para noso-

tras, un elemento central de esta labor era la consideración del grupo como un todo en interacción, en donde cada participante tiene que ser agente de su propio aprendizaje, de su propio cambio. El propósito general de los grupos es desarrollar un proceso de ayuda que sirva a la vez para la puesta en común de los problemas, la toma de conciencia sobre los conflictos y experiencias vividas y el esclarecimiento de ansiedades básicas. Asimismo, es importante ir entretejiendo una conciencia del «nosotras» basada en el respeto a la diversidad, así como fomentar la creación de lazos verdaderamente solidarios que permitan una reintegración social crítica que rompa con la victimización y que posibilite la autonomía personal y la elevación de la autoestima.

En las relaciones que establecen las mujeres la tendencia a la fusión se suele dar con bastante frecuencia. Las formas de socialización del género femenino mantienen a las mujeres más apegadas al mundo materno, dificultando el proceso de separación-individuación. Esto trae como consecuencia que, con mucha frecuencia, las mujeres suelen establecer relaciones en las que los propios deseos se confunden con los deseos de las otras personas, tendiendo a fusionarse y a perder la conciencia de la propia individualidad. Uno de los objetivos de este tipo de grupo es trabajar este elemento y poder establecer relaciones basadas en la empatía, es decir en la capacidad de ponerse en la piel de la otra persona, ayudarla, comprenderla, pero sin perder los propios límites, sin dejar de ser consciente de que una es alguien diferente del otro o de la otra.

3.2. El proceso de grupo

Composición de los grupos

Los grupos estuvieron compuestos por un número entre ocho y doce mujeres, aunque estaba previsto que fueran de diez. Se desarrollaron en dos fases (mayo y agosto de 1993) y en cada fase se organizaron cuatro grupos. Cada uno de ellos tuvo una duración de tres días, con sesiones desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde.

En la primera fase se seleccionaron diez mujeres para formar cada grupo, pero algunas no se presentaron, a pesar de que habían asistido a la entrevista previa y manifestaban un enorme interés por participar. Se analizó que este fenómeno era producto de las resistencias y temores que suscitaba la tarea propuesta para los grupos. Muchas de las mujeres que respondieron a la convocatoria no tenían una idea clara de lo que significaban los grupos pero al asistir a la primera entrevista pudieron intuir el tipo de trabajo que se haría. Ninguna de ellas, sin embargo, fue capaz de comunicar su decisión de no asistir. Al ser abordadas posteriormente sobre las causas de su inasistencia, la respuesta común fue la falta de tiempo.

Desde este primer momento pudimos observar algunos de los comportamientos que después se explicitarían más claramente en los grupos: la dificultad para expresar abiertamente las opiniones, el no considerar prioritario un espacio para ellas mismas y no querer abandonar las tareas cotidianas, el querer olvidar pensando que era lo mejor...

En los cuatro grupos de la primera fase, estas ausencias no impidieron que se desarrollara el trabajo previsto. A la luz de esta primera experiencia, en la fase de agosto se decidió seleccionar quince mujeres por grupo con el objetivo de que se contaran con diez o doce, pues se preveía que podía darse un porcentaje de ausentismo parecido al de la primera fase.

Dada la precaria situación económica de la mayoría de las asistentes, los grupos se insertaron en un proyecto que proporcionaba todas las condiciones materiales para el trabajo, de manera que las asistentes tenían garantizado el lugar de alojamiento, alimentación, transporte, cuidado de hijas e hijos pequeños, además del lugar y material para el trabajo.

El proporcionar este espacio con las mejores condiciones posibles, nos parecía un elemento importante para el trabajo que tendía a reforzar la propia valoración de las mujeres, ya que no es común que ellas trabajen en estas condiciones, al contrario, regularmente son ellas las que se encargan de preparar un entorno agradable para los demás.

Fases de este proceso

La constitución de un grupo de autoayuda es un proceso que necesita tiempo para superar las resistencias, las desconfianzas y temores propios de las personas que han pasado por fuertes experiencias represivas y que han vivido mucho tiempo en la clandestinidad.

En las primeras etapas de los grupos suelen manifestarse en las mujeres participantes una actitud paradójica,

mezcla de grandes expectativas y miedo o escepticismo: se esperan soluciones mágicas, se considera que se va muy lento en relación a otros talleres a los que se ha asistido, se buscan pautas concretas de comportamiento que sirvan para aliviar los sufrimientos propios y los de las demás, incluso, en algunos momentos, se puede manifestar una actitud molesta ante la coordinadora, exigiéndole una actitud dirigista e intervencionista.

El efecto catártico de compartir experiencias traumáticas crea un clima de distensión psicológica. En las diferentes etapas del grupo es fundamental la reconstrucción de estos hechos mediante el trabajo grupal, así como el irse apropiando del significado simbólico — a través de la expresión verbal, gráfica y escrita— que muchos hechos considerados «normales» tienen en relación con la situación de subordinación de género.

Una vez superada la primera fase es importante que las participantes tengan presente que esta reconstrucción y el trabajo propuesto, más allá del aspecto terapéutico, tiene como objetivo la reconstrucción de la identidad y la posibilidad de reelaborar proyectos vitales desde una perspectiva feminista.

Trabajar bien este aspecto de modo que se constituya en un de los objetivos del grupo es fundamental. Que el grupo se haya constituido como grupo de auto-apoyo y sea capaz de contener los afectos concomitantes al recuerdo de las experiencias traumáticas es imprescindible para poder romper las resistencias al recuerdo que se manifiestan por parte de las componentes en la primera etapa del grupo y que, en muchos casos, suelen manifestarse explícitamente.

«Hay cosas que no puedo recordar aunque quisiera». «Recordar algunos episodios me provoca llanto y soy incapaz de expresar lo que siento». «No quiero contar, no quiero recordar ese momento. Cuando salí después de la detención contaba lo que los demás querían oír, lo que realmente me dolió no se lo conté a nadie». Estas y otras frases pronunciadas en las primeras etapas de los grupos reflejan lo que estamos diciendo.

La finalidad del grupo es conseguir elaborar e integrar las experiencias vividas, así como el mantenimiento o la recuperación de un papel socialmente activo. Para ello es importante tener en cuenta que los grupos deben posibilitar la creación de una relación de confianza que facilite la comprensión de estas experiencias y la descarga emocional que subyace en ellas.

Las dificultades para crear una relación de confianza aumentaron en nuestro caso: a los temores producto de las experiencias de infiltración y represión política, se sumaba el sectarismo y la desconfianza que aún existe entre los diferentes grupos de la izquierda salvadoreña y que se apreciaba en los grupos pues en ellos había militantes de diferentes organizaciones políticas, así como otras que lo habían sido pero por diferentes motivos habían dejado la militancia partidaria. Esa desconfianza fue un elemento subyacente en la primera etapa, aunque en algunos grupos se llegó a explicitar:

«En mi equipo de trabajo se expresó el temor de que aquí haya gente que pueda usar lo que contemos y haya represalias. Nos pueden matar o desprestigiar. No

conocemos muy bien a las que están y no estamos muy seguras de poder hablar con confianza porque tal vez no pensemos igual».

Estos temores surgían como mecanismo de resistencia y también como un elemento lógico tomando en cuenta que el método de superar las diferencias políticas por vía de la mentira o el desprestigio personal, cuando no la eliminación física, era algo frecuente entre las organizaciones guerrilleras, como contarían las mujeres más adelante.

Tampoco es fácil lograr que el grupo se convierta en un espacio para la descarga emocional, ya que no se trata solamente de poder expresar sentimientos y compartirlos, también se intenta encontrar un sentido a estos sentimientos teniendo en cuenta las formas de ser de cada cual y deshaciendo las trampas, los sentimientos de culpa o los sentimientos enmascarados.

El proceso de constitución del grupo como un grupo de auto-apoyo pasa por diferentes fases. Es importante tenerlas en cuenta para no quemar etapas que pueden frenar el proceso de ayuda e incluso llegar a hacerlo inviable. Se trata de partir del aquí y ahora para tratar los problemas que la persona quiere explicar. Igualmente es importante no comenzar interpretando lo que las otras dicen: en un momento determinado se manifiestan claramente las defensas que alguien se pone, pero no pueden desentrañarse hasta que la persona en cuestión no se sienta confiada y lo suficientemente segura como para renunciar a ellas.

Los sentimientos ambivalentes, el miedo a derrumbarse, a ser juzgada, etc., son elementos a tener en

cuenta en el proceso y el grupo debe de ser capaz de asumirlo sin pensar por ello que la persona que así se manifiesta no tiene interés en él. Por último, cuando estos pasos se han dado es cuando ya se puede entrar a analizar los mecanismos de defensa y las experiencias, tratando de objetivarlas y elaborarlas.

Los grupos de auto-apoyo pasaron por las siguientes fases:

* *El contrato*. Al empezar las sesiones de trabajo con cada grupo se explicaron los objetivos y la metodología de trabajo. Conviene dejar claro dos requisitos que forman parte del contrato que se debe establecer entre las participantes para garantizar el buen desarrollo de las sesiones: la exigencia de no comentar fuera del grupo las cosas que han salido en el transcurso de las sesiones y la prohibición de continuar, durante el tiempo de receso, con los temas que se estaban tratando en el grupo.

El primer requisito tiene como finalidad reforzar la tranquilidad y la confianza de las mujeres en el grupo, intentando garantizar que lo expresado en él no será motivo de comentarios. Asimismo, este requisito intenta ser un cierto freno a las alianzas que se puedan formar fuera del grupo, aunque no siempre impide que en algunos casos éstas funcionen.

El segundo requisito tiene como objetivo proporcionar espacios de verdadero descanso. Sobre todo ayuda a controlar el espacio y el tiempo. Esto es doblemente importante en el caso de grupos compuestos exclusivamente por mujeres debido a las particularidades de la socialización femenina. Las mujeres acostumbramos a estar siempre disponibles ante las necesidades afectivas de los demás. Esta disponibilidad implica, en muchos

casos, una falta de energía y disposición para otras tareas y la consideración de que la intimidad no tiene límites y es lo más importante. Hemos podido constatar que esta disponibilidad y la presunción de que las otras mujeres —ya que de los hombres no se espera lo mismo— siempre han de estar dispuestas a escucharnos, suelen ser elementos conflictivos en las relaciones. En este sentido es importante intentar que las mujeres controlen su disponibilidad afectiva así como que sean capaces de asumir que los momentos de compartir la intimidad tienen sus límites.

* *La puesta en marcha del grupo.* Esta fase abarcaba la presentación de las participantes, la explicitación de las expectativas y temores con los que se llega al grupo y la formulación de las problemáticas que se viven como más importantes. En esta fase se trata de crear un espacio de confianza, superando los miedos y temores. Es importante, por tanto, aprender a mantener una actitud de escucha ante lo que las otras plantean, sin prejuzgar los sentimientos y actitudes, aceptando a las demás tal como son para que aumente así la confianza y la sensación de sentirse acogida. También en esta fase se trabaja la formación de los objetivos que el propio grupo va a configurar. Esta fase suele ocupar el primer día de trabajo.

* *Ejercicios a medida.* En esta fase se trabajaban las problemáticas expresadas, profundizando en aquéllas que el grupo considera más importantes. La determinación de cuáles deben ser éstas responde a la dinámica del propio grupo y suelen conformarse en función de aquellas experiencias susceptibles de ser generalizadas o que comportan elementos que, por su riqueza, afectan a un

mayor número de participantes. Es importante favorecer que en esta fase se posibilite la descarga emocional que subyace a las experiencias traumáticas y evitar, asimismo, una excesiva identificación entre las componentes del grupo, controlando igualmente la expresión de las emociones de manera «regulada». Esto permite empezar a analizar las situaciones y a expresar los sentimientos que permanecían hasta entonces reprimidos. Esta fase se desarrolla durante el segundo día de trabajo.

* *Autodeterminación.* El grupo, ya constituido en una relación de auto-apoyo, analiza las reacciones, trabaja los mecanismos de defensa, relaciona las experiencias particulares con la situación social en tanto género femenino, y promueve cambios que faciliten una asimilación de la experiencia traumática y un reforzamiento del papel activo en la sociedad. Se trataba fundamentalmente de reconstruir la identidad dañada por las experiencias traumáticas desde una perspectiva liberadora que posibilite la consecución de mayores márgenes de autonomía personal y de autoafirmación como mujeres y ciudadanas. Esta fase ocupa el tercer día de trabajo.

* *Evaluación y devolución.* Se dejaba una hora para la evaluación de la experiencia de grupo, así como para hacer una cierta devolución por parte de la coordinadora de lo que ha sido el trabajo de éste.

3.3. Papel de la coordinadora

La coordinación de este tipo de grupos conjuga los aspectos pedagógicos y psicoanalíticos así como las

aportaciones de la psicología social, poniendo en juego la no directividad, permitiendo la flexibilidad grupal e incidiendo en las resistencias que bloquean la comunicación entre las integrantes.

Este papel jugado por la coordinadora suele ser uno de los elementos que más desconcierto crea en los primeros momentos de los grupos. Generalmente las mujeres acuden a ellos depositando en la coordinadora «el saber» que ellas no tienen y esperando, por lo tanto, que ella les descubra los aspectos recónditos de su personalidad o les ofrezca remedios o recetas para solventar sus problemas.

Superado el desconcierto antes mencionado, la función básica de la coordinadora de encarnar las finalidades del grupo y de reflejar las imágenes grupales es fundamental para la constitución del colectivo como grupo de auto-apoyo.

Queremos detenernos un poco en la importancia de esta actitud no directiva por parte de la coordinadora, especialmente en el trabajo de grupo con mujeres. Una de las características del «ser mujer» que se ha aprendido desde la infancia es la minusvaloración como género. Minusvaloración que implica creer que los otros — fundamental pero no exclusivamente los hombres— saben más que una misma.

Convertir a los demás en depositarios del saber suele ir acompañado de un desconocimiento de las capacidades y deseos propios, otorgándoles a los otros la potestad, incluso, de desentrañar los «misterios» propios más íntimos. Son abundantísimos los ejemplos ilustrativos de todo ello: desde los teóricos psicoanalistas que han pretendido abordar y resolver el famoso «misterio» o

«enigma» femenino sin contar con las propias mujeres, hasta refranes o canciones que demuestran lo arraigada que está esta creencia, tanto en hombres como en mujeres.

A esta característica, tan propia de la subjetividad femenina, se le suman otros elementos más generales. Por un lado, el papel un poco mágico que algunos sectores de la población atribuyen a la psicología. Por otro, la poca reflexión, desde las teorías sociales revolucionarias, sobre el sujeto psíquico como sujeto de transformación. Una falta de reflexión que tiene que ver con la sobrevaloración de los aspectos materiales o económicos y que ha llevado a menospreciar la subjetividad y a teorizar que la transformación de ésta se ha de posponer a los cambios estructurales en el terreno económico y político.

Estos elementos suelen llevar a que los seres humanos — incluso aquéllos comprometidos con una causa revolucionaria— no se sientan protagonistas o creen que tienen pocas capacidades para intervenir en su transformación. Característica ésta que se suele agravar en el caso de las mujeres acostumbradas desde niñas a que otros decidan por ellas y a considerar como «naturales» manifestaciones de una estructura social que asigna valores, papeles y funciones desiguales a unas y otros.

Es, por tanto, especialmente importante que en los grupos de auto-apoyo el papel de la psicóloga o coordinadora no sea directivo y se deshaga el mito de que ella es la depositaria del saber. La coordinadora hace apuntes que ayudan a la reflexión, tanto individual como del grupo, pero nunca puede ir más allá de lo que el grupo

está dispuesto a asumir. Lo importante no son las interpretaciones que la coordinadora pueda hacer en un momento determinado sino la dinámica de grupo que se establece y el desarrollo de la capacidad de auto-ayuda entre sus componentes.

Otro elemento que queremos resaltar es el hecho de que la coordinadora sea una mujer feminista. Consideramos que este factor juega un papel importante porque le facilita al grupo la toma de conciencia sobre la condición femenina y la posibilidad de desbrozar la supuesta «naturalidad» de múltiples comportamientos que son reflejo de una estructura social de rasgos patriarcales. Por otro lado, ayuda a la generalización de las problemáticas particulares y el proceso identificador. Pero, al mismo tiempo puede estar presente el peligro de que la coordinadora no sea capaz de separar su deseo del deseo de las demás, lo que requiere prestar una especial atención a este aspecto.

La posibilidad de establecer una relación de ayuda significa desarrollar la capacidad de compartir los sufrimientos de las demás y eso implica una cierta identificación. Pero hay que tener cuidado para que la identificación no llegue a ser total o excesiva, pues entonces se corre el riesgo de quedar paralizada o de confundir los propios deseos con los de las otras. En este sentido, la relación de ayuda implica también ser capaz de un cierto distanciamiento. En muchos momentos del grupo, las identificaciones funcionan de manera generalizada, produciéndose catarsis colectivas. Que estos momentos sean productivos dependen, entre otras cosas, de que la coordinadora sea capaz de mantener un cierto distancia-

miento y pueda ofrecer pautas de análisis que ayuden a elaborar la situación.

3.4. Metodología

La metodología que se empleó en el trabajo de los grupos fue dinámica, activa y vivencial, basada fundamentalmente en la expresión oral con el apoyo de algunos ejercicios físicos, dinámicas, masajes, técnicas de relajación, collages, etc... técnicas, todas ellas, encaminadas a servir de apoyo a la expresión de ansiedades, afectos y sentimientos.

Con cada grupo se trabajó un total de treinta horas. Cada día se dividió en sesiones de una hora y media o dos horas.

A continuación describiremos algunas dinámicas de apoyo, agrupándolas según las fases de trabajo del grupo explicadas anteriormente.

Para la puesta en marcha del grupo

Presentación de las participantes

Las participantes realizan su presentación por parejas. Para ello se forman subgrupos de dos, preferentemente entre personas que no se conozcan mucho. Durante seis minutos se entrevistan mutuamente. Volviendo luego al grupo grande, cada mujer hace la presentación de la pareja a la que ha entrevistado. Después se pide a la que ha sido presentada su opinión sobre cómo lo ha hecho su compañera.

Expectativas de grupo

Para realizar este ejercicio se les pide a las participantes que expresen con una sola palabra *lo mejor* que les podía pasar en el grupo y con otra *lo peor*. Ambas se escriben en la pizarra formando dos columnas diferentes. Se forman subgrupos de tres y cada uno elige una palabra de cada columna y discuten sobre el significado que le dan, posteriormente la representan ante el grupo grande. La persona que había dicho esa palabra manifiesta si el grupo la ha entendido en el mismo sentido o no. A continuación se inicia un debate sobre este particular en el grupo grande.

Palabras-clave

Todas las participantes se colocan ante la pizarra y escriben con una sola palabra su mayor deseo. Se pueden escribir varias palabras, pero yendo a sentarse cada vez. Esto se realiza durante diez minutos. Después, cada participante, con la misma técnica va tachando las que no le gusten, también durante diez minutos. A continuación se subrayan las que se crean más importantes por el mismo sistema y durante un tiempo similar. Una vez finalizada la tarea se pasa al debate entre todas.

Abanico de roles

Se escriben en la pizarra diferentes *roles* que pueden desempeñar las mujeres. Durante diez minutos las participantes hacen una raya delante de aquellos *roles* que desempeñarían con gusto. Pasado este tiempo hacen

una raya detrás de aquellos que no asumirían. Posteriormente se pasa a un diálogo entre todas las participantes sobre las razones de las elecciones y los rechazos.

Temas por parejas

Se distribuyen las participantes por parejas, escogiendo las parejas entre aquéllas que menos se conocen. En cada pareja, una cuenta a la otra un tema que le preocupe o un episodio de su vida que le gustaría que se tratara en el grupo. La otra escucha y toma notas si lo considera pertinente. Al cabo de diez minutos, se invierte la relación y se trabaja nuevamente durante diez minutos. Pasado este tiempo se reúnen en el grupo grande y cada una explica el tema que le ha contado su compañera, pudiendo aportar ésta aquellos elementos que le parezcan de interés y que su compañera no ha reflejado bien o ha omitido. Posteriormente es todo el grupo quien inicia la discusión sobre lo que se acaba de escuchar.

Ejercicios a medida y autodeterminación

Slalom

Se colocan en el lugar de trabajo una serie de obstáculos de manera desordenada (sillas, mesas, papeleras, etc...). Se divide al grupo por parejas. En cada pareja una cierra los ojos y la otra tiene que guiarla a través de el espacio creado. No se trata de hacer una carrera sino de dar confianza y ser capaz de interpretar el lenguaje no verbal de la que guía. Cuando se acaba el

recorrido, se cambian los papeles. Al terminar el ejercicio se comentan las sensaciones experimentadas en ambas situaciones y si se recuerdan situaciones parecidas, primero por parejas y después entre todo el grupo. Posteriormente se hace una reflexión general sobre lo que el ejercicio ha suscitado.

Esta técnica puede servir para trabajar la relación de confianza y de ayuda, así como para analizar la posibilidad de ejercer, simultáneamente, la capacidad de guiar y dejarse guiar.

Presión

Se divide al grupo por parejas. Las componentes de una pareja se colocan frente a frente y se les da la siguiente instrucción: «Una de ustedes coloca sus manos en los hombros de la otra y presiona hacia el suelo. Para derribarla puede utilizar el método que quiera, pero la otra puede resistir o hacer lo que le parezca para impedirlo. Si consigue derribarla, después le ayudará a ponerse en pie y la otra puede aceptar o no la ayuda». Cuando se termina el ejercicio se invierten los papeles. Van pasando así todas las componentes del grupo, divididas en parejas. Las participantes hacen observaciones sobre las reacciones de unas y otras. Después se discute en grupo cómo se han sentido en el ejercicio, con qué otras situaciones relacionan lo vivido, qué sentimientos les ha suscitado, etc...

Esta técnica puede servir para analizar los sentimientos de poder, dependencia, sumisión y competitividad.

Escucha activa

Se exponen una serie de fotografías con situaciones que abarquen aspectos diferentes de la vida cotidiana, social y política, procurando que sean lo más variadas posible. Cada participante escoge la fotografía que más le atraiga, bien porque le recuerde alguna situación en particular o porque simplemente le llame la atención. El grupo se divide por parejas y una debe explicar a la otra, durante ocho minutos, un recuerdo o una historia — real o inventada— que le haya suscitado la fotografía. La persona que escucha no puede decir nada, ni «cortar» a la que está explicando la historia, sólo le demostrará, con lenguaje no verbal, que está escuchando atentamente. Pasados los ocho minutos se invierten los papeles y será la persona que ha escuchado la que contará su historia a la otra. Después se pasa a la discusión del ejercicio, primero por parejas y después en el grupo grande, y cada cual explicará su historia y cómo se ha sentido.

La posibilidad de escuchar y sentirse escuchada es un elemento fundamental en la relación de ayuda. Si una persona se siente escuchada y experimenta que sus problemas captan el interés de la otra persona es más fácil compartir experiencias y poder analizarlas. Este ejercicio tiene como finalidad favorecer y analizar este proceso.

Dramatización

La situación que hay que dramatizar se determina después de una discusión en el grupo, en función del

tema que más interese. Una parte del grupo representa la historia y la otra hace de espectadoras. Después de la representación se debate entre todas. Primero, alguien hace una descripción de lo que se ha representado, después las actoras explican cómo se han encontrado en sus papeles, posteriormente las espectadoras analizan los diferentes papeles que se han representado y se pasa a la discusión más general entre todas.

Esta técnica tiene la ventaja de poder analizar en una situación concreta los diferentes roles que entran en juego, las interacciones, las reacciones y emociones que suscita. Sirve para experimentar vivencialmente, y no sólo desde el punto de vista de la comprensión intelectual, situaciones concretas.

Muro

Cuatro voluntarias se colocan en fila formando un muro, pueden tomarse de las manos, apretarse unas contra otras o colocarse de la manera que quieran. Otra voluntaria se coloca frente al muro y se le dice que tiene que pasar al otro lado usando el método que le parezca más conveniente: rodearlo, engañar, demolerlo... Se le dan cinco minutos para intentarlo. Se repite el ejercicio hasta que todas han intentado pasar el muro. En el debate grupal posterior, cada una explicará cómo se ha sentido cuando intentaba pasar el muro y después cuando le ha tocado hacer de muro. Posteriormente se debate sobre los asuntos que han salido.

Esta técnica es especialmente apta para analizar cómo se reacciona al tener que enfrentarse con un obstáculo y ver la diversidad de reacciones que se dan.

Balón mensajero

Se colocan todas las participantes en círculo y se deja un balón en el centro. Cada una, voluntariamente, toma el balón y se lo manda a otra con un mensaje no verbal. Quién lo ha recibido lo envía de nuevo a la misma persona o a otra. El balón vuelve al centro. Se repite este sistema durante diez minutos. Posteriormente cada cual explica cómo se ha sentido, centrándose fundamentalmente en el proceso de comunicación y sus efectos.

Este ejercicio sirve para analizar la reciprocidad o no de las relaciones interpersonales, la capacidad de iniciativa a la hora de establecerlas y las reacciones que se tienen cuando no existe respuesta por la otra parte.

Collage

Se invita a las participantes a que escojan la técnica que prefieran y con el material disponible realicen un collage que exprese cómo se ven a sí mismas. Se les da una hora para realizarlo. Posteriormente se exponen todos ante el grupo y, una a una, van explicando su collage personal. Después de la explicación de cada collage se debate entre todas. Se necesita una serie de materiales para efectuar el collage: cartulinas de colores, pegamento, tijeras, fotos, lanas de diversos colores, trapos, agujas, hilos, marcadores de colores...

Esta técnica se utiliza para analizar la percepción que cada miembro del grupo tiene de sí misma. Utilizada al final de las sesiones tiene la ventaja de posibilitar una cierta recomposición de la autoimagen y aclarar las imágenes que las demás tienen de una misma.

Todas las técnicas descritas anteriormente se pueden combinar con ejercicios de relajación, masajes y algún ejercicio físico que ayuden a liberar la energía contenida después de las sesiones verbales. También se emplea, al principio de los días segundo y tercero, el análisis de sueños.

Evaluación y devolución

Para favorecer la evaluación se proporcionan al grupo pautas como: qué les ha parecido la estructura de las sesiones, cómo se han sentido, qué piensan del papel de la coordinadora, del propio grupo, etc...

Es conveniente que esta parte sea lo más libre y menos directiva posible, de tal manera que cada cual pueda expresar todo lo que quiera. Posteriormente, la coordinadora hace una pequeña devolución al grupo de los aspectos que le han parecido más importantes.

4. Problemáticas más frecuentes

4.1. Muertes, desapariciones... cuando el dolor no puede elaborarse

La mayoría de las participantes en los grupos de autoapoyo sufrió pérdidas significativas durante la guerra. Estas pérdidas, como es natural, ocasionaron sentimientos dolorosos que, en muchos casos, no pudieron expresarse. La idea de que «a los muertos no se les llora, se les imita» — manifestada como un imperativo de conducta durante los años de guerra— evitó que la aflicción y el vacío que sigue a toda pérdida afectiva fueran elaborados y facilitaran, con ello, la recuperación de las personas afectadas.

La posibilidad de hacer el duelo es importante porque forma parte de una reacción normal que tiene, entre otras, una función restitutiva de gran valor. El duelo implica apropiarse e interiorizar aspectos del objeto perdido que pueden recrearse después en otros objetos. Pero cuando la muerte se convierte en un hecho cotidiano y la sobrevivencia está permanentemente amenaza-

da, no existe tiempo para el duelo. Así lo expresaron algunas mujeres:

«La guerra nos acostumbró a la muerte. Veíamos la muerte como algo tan natural, como algo tan común que perdimos la sensibilidad frente a ella». «Las lágrimas se nos secaron de tanto llorar, nos fuimos endureciendo». «La guerra está hecha de muertos. Nos quitaron de llorar, nos volvieron como rocas». «No quedaba tiempo para llorar, peligrosaba siempre nuestra vida». «Llorar o demostrar tristeza cuando caía un familiar cercano era peligroso por razones de seguridad».

Las pérdidas vividas en esta situación generaron diversas reacciones. Algunas mujeres, ante la muerte de un ser querido, actuaban como si nada hubiera pasado; para no llorar y sentir la tristeza multiplicaban el número de actividades que debían realizar, de manera que permanecían permanentemente ocupadas. Otras, por el contrario, prolongaron el dolor de modo que al cabo de diez o doce años de la pérdida siguen experimentando la misma congoja y sufrimiento como si se tratara de un hecho sucedido recientemente. Todas, no obstante, señalaron que la imposibilidad de demostrar su dolor y sus sentimientos cuando se produjo el hecho fue un elemento castrante.

La imposibilidad de hacer los duelos y llorar abiertamente afectó tanto a mujeres como a hombres. Ahora bien, creemos que lo hizo de manera diferente. Mientras que los hombres, posiblemente, encontraron mecanismos sustitutivos para recuperar un cierto equilibrio personal y por lo tanto tener una menor conciencia de la

carencia, en las mujeres las pérdidas implicaron la renuncia a una parte de los componentes fundamentales de la identidad femenina, con el consiguiente desgarró y escisión de la misma.

La expresión de los sentimientos es una característica típicamente femenina en esta sociedad, en tanto que de los hombres se espera que sepan controlarlos, especialmente aquéllos que más dolor causan. De ahí que la represión del llanto impuesta, sobre todo en los frentes de guerra a las y los combatientes, afectara de manera diferente a unas y otros. Era la manera masculina de comportarse frente al dolor la que se imponía:

«Yo aprendí en el frente que no debía llorar por los muertos. Una vez sucedió que un chamaco murió a la par mía y yo pasé encima de él. En ese momento no me dieron ni ganas de llorar ni nada, pero me quedó una gran aflicción. Después me acordaba de lo que me decían los compañeros: que a los muertos no se les llora porque una tiene que ver por sus propios huesos». «En ese bombardeo quedaron varios compañeros mutilados, yo daba de gritos y lloraba espantada al ver aquel cuadro y los compañeros se reían de mí. El llanto, el dolor, el amor, eran símbolos de humillación y de ser menos. Alguien que amaba y lloraba era menos porque esos sentimientos no eran de valientes sino de mujeres. Eran símbolo de debilidad».

La especificidad de la forma de socialización de las mujeres tiene mucho que ver con las consecuencias que para ellas tuvo la falta de condiciones para elaborar los duelos. Una socialización en la que los elementos

afectivos y relacionales juegan un papel central en la identidad femenina y se convierten en un factor fundamental para la autovaloración. Así pues, la renuncia o la pérdida de relaciones implica, en muchos casos, no sólo la pérdida de un objeto amoroso sino también, y a veces eso es lo que adquiere más importancia, la pérdida de una parte de sí misma, de una fuente importante de valoración. La depresión narcisista que subyace a este tipo de pérdidas ha sido enmascarada, muchas veces, con una actividad desbordante, con una «huída hacia adelante» que implicaba dejar de pensar en una misma. Los siguientes relatos que se hicieron en los grupos así lo manifiestan:

«Mi familia desapareció hace once años. Desde hace tres, cada vez que me pongo a pensar sobre ello me desestabilizo y me quiebro. Al finalizar la guerra ha habido más tiempo para pensar en lo que pasó y me da miedo. La estabilidad de ahora me ha dado más espacio para pensar y me siento más débil que antes». «El padre de mis dos hijos mayores desapareció. Yo dejé a mis dos hijos con mi madre y me metí en el alborotaje militante. Fui cobrando dureza y no dejándome llevar por los sentimientos... me sentí no como una persona, sino manejada por las situaciones». «Tapé el rencor y el odio profundo que me produjo la muerte de mi hermano con el trabajo. He ido llenando el vacío afectivo interno con el trabajo, pero he perdido la capacidad de relacionarme con los demás. No sé en qué momento ni por qué perdí esta capacidad de relación, pero me niego a entrar en una relación más profunda de afecto. Esto me trae problemas en las relaciones con las

compañeras de la oficina y conflictos en el trabajo con las mujeres».

Las dificultades para elaborar el duelo se acrecientan cuando las personas queridas desaparecen y no se puede recuperar el cuerpo. La visión de los cadáveres, o la certeza de que otros los han visto, es un hecho material que ayuda a enterrar a los muertos, con todo el carácter simbólico que tiene el ritual del entierro. No ocurre lo mismo con las desapariciones, a pesar de que éstas se hayan producido hace años. Las desapariciones permiten que la fantasía de la vuelta — aunque no se sustente en ningún indicio racional— o la idea ilusoria de que la persona desaparecida está viviendo por ahí, pero bajo otra identidad, aparezcan como elementos añadidos que dificultan el duelo. Veamos cómo lo expresaban:

«Lo más doloroso es cargar con los desaparecidos. Yo sufrí, pero seguro que ellos sufrieron más». «Lo peor es la incertidumbre, no saber qué les pasó, si murieron, cómo murieron; si fueron torturados durante mucho tiempo, si sufrieron mucho antes de morir». «Los estuvimos buscando durante dos años. Después tuvimos que poner los pies en la tierra y seguir la vida sin ellos. Pero aún hoy creo que no es posible que eso pasara». «El papá de mi primera hija desapareció, pero yo aún lo veo de vez en cuando, en sueños. Cuando estoy dormida aprovecha para acercarse a mí y me recomienda que cuide a la niña». «Yo creo que mi hijo era tan bueno que lo deben haber mandado a estudiar por ahí y no me lo pueden decir. Por eso me preocupa

haberme cambiado de casa, porque si me busca no me va a encontrar».

En algunos casos también se reacciona frente a la muerte sobrevalorando a la persona muerta o desaparecida, o identificándose con ella y/o con su causa. De manera bastante generalizada, se manifestaban sentimientos de culpa por haber sobrevivido a quienes murieron o desaparecieron. Los testimonios siguientes son buena muestra de lo que decimos:

«Era una persona muy especial, lo quería mucho. Era muy coqueto. Cuando le mataron sentí rabia ¿por qué lo tuvieron que matar a él y no a otro de la familia? Después de su asesinato la familia se desintegró». «Mi papá desapareció. Estuve un mes buscando, viendo un montón de muertos. Cuando me convencí que había muerto tomé su bandera y él siempre me ha acompañado. No físicamente, aunque también lo necesitaba, pero sí moralmente. Es como una fuerza de él que siempre me acompañó en estos años de guerra y compromiso».

«Me casé al inicio de la ofensiva, al poco tiempo me capturaron y estuve presa durante un mes y medio. Mi compa se desestabilizó al saber que yo estaba capturada, cometió errores, lo agarraron y desapareció. Me siento culpable por ello. Mi compa me tenía un amor más grande a mí que el que yo tenía por él, por eso lo agarraron». «En la ofensiva del 89 en un ataque que sufrimos tuvimos que salir corriendo. Muchos compas cayeron heridos. Yo tuve que pasar por encima de ellos, no pude pararme a socorrerles. Durante mucho tiempo

soñé con sus gritos de socorro. Me siento culpable por ello».

«Hay razones para que nos sintamos culpables ¿por qué yo estoy viva y zutano y mengano muertos?, ¿cuál es mi privilegio? Mejor hubiera sido irse... esos setenta mil muertos me dan en las costillas». «Cuando estalló la bomba yo acababa de pasar por ahí, entonces no pude llorar, tan sólo pensar en que yo me había salvado. Me sentí culpable. Ahora, al fin, he podido llorar por todos aquellos muertos».

Algunas mujeres —que habían mantenido con sus maridos unas relaciones de mucha subordinación y fuertes sentimientos de dependencias e incapacidad para afrontar el maltrato— experimentaron, al morirse éstos, sentimientos de alivio. No poder reconocer ni tolerar este tipo de sentimientos aumenta la sensación de culpa de la que antes hemos hablado. *«Me sentí muy mala, muy culpable... cuando él murió algo me faltaba pero también había algo que era descansable para mí»* decía una mujer en su grupo.

Los grupos de auto-apoyo les permitieron a la gran mayoría de las participantes romper con la consigna de no llorar a los muertos y muchas de ellas, por primera vez después de años, se permitieron volver a llorar. Ese llanto significó un alivio grande para ellas.

«Era impresionante, lloramos todas. Yo pensé que las campesinas eran duras, que no se conmovían por nada y ahí me di cuenta de mi error. ¡Cuánto dolor! ¡Cuántas lágrimas hubo en esos días!». *«Nunca había llorado tanto, a mí me cuesta, me ven así flaquita pero*

soy muy dura. Después de los grupos senti un descanso tan grande de mi alma». «Lloré los tres días y después seguí llorando, pero me hizo bien. Yo antes de los grupos me olvidaba de todo, hasta de las cosas más pequeñas, ahora empiezo a estar menos distraída».

Llorar a los muertos y/o desaparecidos, reconocer el dolor que eso causa como un sentimiento natural y compartido por otras, y contar con un espacio donde poder expresar esos sentimientos abiertamente permitió que las participantes repararan una pequeña parte del daño causado por el silencio guardado ante el horror de la muerte.

4.2. La maternidad como estructurante de la subjetividad femenina

La maternidad aparece como una de las metas del desarrollo de la feminidad tradicional y constituye, por lo tanto, uno de los ejes centrales en la construcción de la identidad femenina. En este sentido es interesante el dato de que la tasa de crecimiento de la población se ha mantenido en El Salvador a pesar de los años de guerra, lo que implica que un porcentaje elevado de mujeres son madres, siéndolo cada una de ellas de varios hijos.

La estructura patriarcal de esta sociedad hace que, mayoritariamente, el cuidado y atención de los hijos e hijas recaiga sobre las mujeres. Las duras condiciones de existencia que padecen amplias capas de la población conlleva, asimismo, que sea enorme el trabajo que implica el mantenimiento del núcleo familiar, un trabajo que supera, en muchos casos, a las mujeres encargadas

de realizarlo. De manera bastante generalizada, las hijas mayores desempeñan el rol de madres y cuidadoras de sus hermanos menores desde pequeñas. La maternidad se convierte, entonces, no sólo en una meta del desarrollo femenino — para el que se les prepara desde niñas— sino también en un elemento que limita otras posibilidades de desarrollo en la infancia.

Las quejas acumuladas contra las madres que obligaron al cuidado de los hermanos, la nostalgia por no haber sido niñas, la rabia contra la figura materna... son elementos que aparecieron frecuentemente en los grupos.

«Yo quería ir a la escuela pero mi mamá no me dejaba porque tenía que chinear a mis hermanos». «Yo deseaba estudiar pero mi papá no quería porque decía que a las mujeres no les servía para nada estudiar, sólo para acompañarse más rápido y escribir cartas a los novios, así que me quedé a cuidar de mis hermanos». «Mi mamá me maltrataba porque me iba a jugar y no le ayudaba en la casa».

Una de las características de la subjetividad femenina es la relación contradictoria con la figura materna que, en muchos casos, aparece como la transmisora de los valores tradicionales relacionados con las mujeres. Por un lado, las mujeres, en general, permanecen más ligadas al mundo de la madre, con mayores dificultades para la separación e individuación con respecto a ella. La madre se convierte así en una figura que se interioriza. Todo lo que tiene relación con ella se sobredimensiona. Por otro, la situación de opresión y dependencia de los

hombres en la que viven las mujeres en El Salvador posibilita que se conviertan en transmisoras de la ideología dominante, con el corolario de ser las principales socializadoras de las hijas en los roles del género femenino.

Los conflictos con las madres tienen bastante que ver con el modelo de maternidad vigente en el país. Un modelo en el que el cuidado de hijas e hijos recae en exclusiva sobre las mujeres, con el agravante de que, en la mayoría de los casos, el padre está ausente, física o emocionalmente. Esta ausencia da lugar a una relación vincular de encierro entre madre e hijo o hija que provoca sentimientos contradictorios, de amor y hostilidad. Este dispositivo de relación facilita también la disociación entre las figuras materna y paterna. La figura paterna es más fácil de idealizar, precisamente por estar ausente, mientras que la figura materna es vivida como la causante de todos los conflictos.

«Mi papá me quería porque era obediente, mi mamá me pegaba porque no me apuraba a moler». «Mi mamá me echó de casa y salió detrás de mí tirándome piedras, mi papá cuando se enteró me fue a buscar para que volviera».

Esta relación contradictoria con la madre se agrava en los casos en que las hijas son no deseadas o fruto de una relación esporádica, después de la cual la madre se quedó sola.

No obstante, la guerra y sobre todo la participación activa en ella de un porcentaje importante de mujeres alteraron de manera significativa las vivencias y el

propio ejercicio de la maternidad. Mujeres que tuvieron hijos y los dejaron al cuidado de otras mujeres para incorporarse a los frentes u otras tareas que las alejaron de su hogar; mujeres que sacaron a sus hijos adelante como pudieron en una situación que nada ayudaba al ejercicio responsable de la maternidad; madres cuyos hijos desaparecieron o fueron asesinados ... todas estas situaciones ha hecho que la maternidad sea vivida de manera muy conflictiva.

El mensaje de que la maternidad es el destino obligado de todas las mujeres, de que una mujer no está completa hasta que tiene una pareja e hijos, está plenamente vigente en la sociedad salvadoreña. La maternidad sigue siendo, por lo tanto, un elemento central en la subjetividad femenina. Una subjetividad desvalorizada por los valores sexistas que rigen en la sociedad y que frecuentemente se construye con un déficit narcisista.

En concordancia con esto, las hijas e hijos son vividos como el terreno de poder de sus madres, generalmente el único en el que se permite a las mujeres ejercerlo. Pero este poder es engañoso porque, de hecho, las normas que rigen esas relaciones están por encima de la propia voluntad de las mujeres. Son normas que suelen venir impuestas por el padre, y la mujer, en bastantes casos, es mera transmisora de ellas. Al mismo tiempo, es un poder efímero pues los hijos crecen rápidamente y se independizan. Esta sensación de poder de las madres frente a los hijos se ve reforzada por el hecho de que entre la población campesina los hijos aparecen también como garantes de la supervivencia física del núcleo familiar.

Pero junto con este mensaje dominante, la guerra ha provocado modificaciones en las condiciones materiales del ejercicio de la maternidad y en las propias ideas sobre ella. Muchas mujeres se implicaron directamente en la guerrilla y descubrieron que tenían otros motivos, otros elementos para autovalorarse. Dejaron a sus hijos e hijas al cuidado de otras mujeres y se lanzaron a una actividad que las mantuvo alejadas de ellos durante un cierto tiempo, en algunos casos varios años. Múltiples conflictos se derivan de esta situación. En unos casos, la interiorización del modelo materno ha provocado depresiones narcisistas por no alcanzar el ideal asumido como propio. En otros, las culpas se derivan por atender, de manera más o menos consciente, contra el modelo vigente.

«Cuando me fui al frente pensé que sería fácil separarme de mis hijos. Tenía buenas razones para ello. Después siempre me he sentido culpable por ello, fue un trauma haberlos abandonado. Ellos siempre me han recriminado que los abandoné. Creo que nunca me van a entender ni a perdonar. Ahora me siento muy sola».

Una forma particular de este conflicto se da cuando el compromiso militante ha sido adquirido por la mujer y no compartido por el marido, o en el caso de que aún cuando ambos se comprometieron, ella se encuentra mucho más involucrada. Los hijos e hijas se convierten, entonces, en un elemento de presión y chantaje para hacer que las madres abandonen o disminuyan su compromiso político:

«Me capturaron a mi y al papá de mis dos niños y nos tuvieron tres días en la Guardia Nacional, interrogándonos. Después salimos pero a él lo volvieron a llevar a la cárcel. El quería irse del país, yo no. Yo decía que aquí estaba mi compromiso y me iba a quedar aunque me mataran. Arregló sus papeles y sin decirme nada se llevó a los niños. Ahora no sé donde están, pero espero que algún día mis hijos entiendan por qué me quedé y me busquen».

En otros casos, el conflicto se manifiesta con la mujer que los cuidó y que ejerció de madre durante el tiempo en el que la madre biológica estuvo en el frente de guerra. En algunos casos estas mujeres, especialmente si les une a las criaturas una relación de parentesco, reclaman el seguir haciéndose cargo de los niños y niñas y se plantea una disparidad de intereses difícil de conciliar. Los conflictos entre ambas mujeres se expresan, frecuentemente, en celos y rivalidades que repercuten negativamente en las criaturas, a las que casi nunca se les pide opinión. En otros casos, se renuncia a los hijos o hijas pero con bastante sufrimiento.

«Me separé de mis hijos por la guerra y ahora seguimos separados. Uno está con su tía a la que llama mamá y yo he pasado a ser su tía. Me siento mal, pero no quiero violentar el proceso del niño». «A mis dos hijos los agarraron como suyos unos compas. Cortaron todos los vínculos de relación conmigo, desde que se los llevaron no los he vuelto a ver, les borraron mi imagen». «Cuando bajé del monte quise recoger a mis hijas que estaban con mi mamá, pero ni ella me las quiso dar

ni las niñas se quisieron venir conmigo. Lloré durante muchas noches por eso».

En los grupos también participaron algunas de las mujeres que jugaron el papel de madres adoptivas y reclamaban los derechos que les daba el haber dedicado tiempo y amor a esas criaturas.

«Yo tuve claridad de quiénes eran mi padre y mi madre, pero mi hija no. Ella dice mamá y volteamos dos mujeres y las dos nos quedamos calladas. La niña también porque se siente partida».

Otra vivencia desgarradora en torno a la maternidad es la de las madres que atentaron contra la vida de sus hijas o hijos para salvar a un grupo en situaciones de peligro. El tener que poner en riesgo a sus propias criaturas fue, sin duda, una de las experiencias más traumáticas de las tratadas en los grupos. Las mujeres que lo hicieron se veían a sí mismas como personas que no merecían perdón y esa sensación hacía más difícil compartir y elaborar el trauma.

«Hoy, después de que lo dije, ya no me hace tanto daño. La verdad es que ya no me siento igual, me siento mejor y lo único que espero es que en el momento oportuno yo se lo voy a contar a la niña. Mi miedo es que ella me rechace, pero también puede que entienda que si yo la asfixié fue porque nos rodeaban los soldados y ella lloraba y nos iban a matar a todos. Es una cosa que me duele mucho, pero ella sobrevivió y tengo que decirselo algún día, que yo la quiero y no la

quería matar, pero eran las cosas que una tenía que hacer en la guerra».

Pero los sentimientos de culpa no están presentes solamente entre las madres que, de alguna manera, dejaron de cumplir su rol. También se sienten culpables las mujeres que siguiendo el imperativo dominante se quedaron al margen del conflicto político para dedicarse a cuidar de las criaturas. La brutal represión que se dió contra los sectores populares, así como la polarización social durante los años de guerra es un caldo de cultivo de otro tipo de culpas: las de no haberse comprometido más intensamente en la guerra.

«Yo no merezco estar aquí, aprovechándome de todo esto. Después de haberles oído a todas ustedes creo que no soy digna de estar en este grupo, no participé más activamente en la guerra por cobardía, preferí quedarme cuidando a mis hijos. Mi compañero estuvo dos años preso y mi hijo también estuvo en la cárcel, pero eso no es nada comparado con lo que las compas vivieron». «Empecé a participar políticamente y llegó un momento en que quise irme a la montaña, pero no tuve donde dejar a mis hijos. Le pedí a mi madre que los cuidara pero no quiso. Entonces me tuve que quedar. Desde la ciudad seguí aportando pero me quedó el resentimiento de no poder dar más».

En la sociedad salvadoreña el peso de la ideología cristiana es muy fuerte y esta ideología suele estar basada en un fuerte sentimiento de culpa: todos somos herederos y herederas del pecado original y debemos

pagar por ello. Ahora bien, este sentimiento de culpabilidad está acentuado en las mujeres por los efectos de una socialización que da como resultado una baja autoestima. La maternidad, debido a la importancia que se le otorga en la adquisición de la feminidad, es un terreno abonado para la generación de culpa. El ideal de la «buena madre» que casi todas las mujeres tienen interiorizado en mayor o menor medida provoca culpas porque casi nunca puede ser alcanzado y si se alcanza es a costa de un alto precio en la salud mental de las mujeres. Pero parece evidente además, que las condiciones sociales en las cuales se ha vivido en estos años, no ha favorecido en absoluto el ejercicio de la maternidad.

«Me siento limitada con los niños, me gustaría ser más cariñosa y comprensiva pero no puedo, es como si fingiera mi papel de madre». «Me siento superada porque me tocó ser madre de mi sobrina y yo no estaba preparada ni lo elegí. Me comen las culpas pensando que lo que a ella le pase o sea depende de mí».

Un caso particular de conflicto, ya expresado en parte en el capítulo anterior, lo presentan aquellas mujeres que han perdido a sus hijos durante la guerra. Cuando los lazos que unían a estas mujeres con sus hijos eran lazos simbióticos, donde la fusión era muy fuerte y se depositaba en los hijos las expectativas, los valores y la valoración de la que estas mujeres carecían, la depresión que subyace a su pérdida es una depresión narcisista. Lo que se lamenta no es sólo la pérdida de alguien querido sino que se vive como la pérdida de una parte de

sí misma. La salida de la depresión se ve dificultada, en muchos casos, porque estas mujeres se han quedado «entre el cielo y la tierra», absolutamente desposeídas desde el punto de vista material. La situación se agrava para las que ya son mayores porque quedan fuera del reparto de tierras al no tener quien se las pueda trabajar.

También en estos casos encontramos sentimientos de culpa ya que el ideal de la «buena madre» incluye el volverse omnipotente y poderosa aún contra la muerte. Al no poder evitarla se tiene la sensación de no haber hecho lo suficiente por ellos.

«Pensé que iba a tenerlos para toda la vida y me quedé sin ellos, los mataron a todos. Me sentí huérfana de mis hijos».

Las combatientes jóvenes, hijas a su vez de padres y madres que también lo fueron, presentan un conflicto especial con la maternidad. Aunque en un capítulo posterior nos extenderemos sobre este punto, algunas de las jóvenes participantes en los grupos vivieron la experiencia de crecer bajo el cuidado de personas que no eran sus madres biológicas y expresaron de esta manera sus sentimientos:

«Yo les quiero decir a las madres que otros también nos supieron cuidar, nos quisieron. ¿Por qué pensamos entonces que las madres biológicas son las únicas que tienen derecho sobre nosotras? No sólo ellas pueden darnos amor, otras nos lo dieron cuando ustedes no pudieron hacerlo».

Como hemos visto, la guerra rompió el modelo de la figura materna. De distintas maneras y por diversas razones, las mujeres transgredieron el modelo de la «buena madre». Sin embargo, es tan fuerte y está tan interiorizado el papel materno en las mujeres, que a pesar de que las condiciones no se prestan para cumplirlo, ellas se empeñaron en hacerlo. Algunas asumieron el cuidado de las y los jóvenes combatientes «como si fueran sus propias hijas e hijos». Las que no pudieron hacer nada cargan una dosis de culpa que llega a ser paralizante para su proyecto de vida en el futuro.

El costo social pagado por las mujeres debido a su involucramiento político ha sido, en este sentido, mucho más alto que el de los hombres, para quienes la paternidad no constituye un elemento central de su identidad. El dolor que esto les causa no se ha podido mitigar debido a que la maternidad es un tema de la vida privada. Si bien durante la guerra se tomaron algunas medidas para el cuidado colectivo de niñas y niños, después de la firma de los Acuerdos de Paz todo volvió a ser «como antes», es decir, que las y los hijos volvieron a ser tema exclusivo de las mujeres, de quienes se espera que reparen el hogar y la familia.

Las propias mujeres viven el dolor ocasionado por estos conflictos con su maternidad como el precio que tienen que pagar por no haber cumplido su papel de madres y asumen la responsabilidad individual por ello. Cabe señalar que ni siquiera el movimiento de mujeres ha retomado como punto de análisis y acción la ruptura del ideal materno a causa de la guerra y las repercusiones que esto tiene en la convivencia de las familias en la posguerra.

La guerra aparece como un intermedio que removió pero no cuestionó el papel de las mujeres en la maternidad. Fueron a los frentes de guerra, asumieron conductas masculinas pero una vez finalizado el conflicto vuelven, cargadas de culpa, a reparar los daños ocasionados por su incorporación.

4.3. La violencia sexista

Cuando los grupos o sectores oprimidos se organizan para defender sus derechos y ponen en cuestión el poder exigiendo, además, participación política en regímenes totalitarios, el poder utiliza todos los medios a su alcance para romper el nuevo tejido social que se ha ido formando.

En los últimos años El Salvador ha vivido este tipo de situación y la represión política hacia los sectores populares ha sido brutal. Torturas, asesinatos, desapariciones... han afectado a amplias capas de la población.

Esta violencia ha adquirido tintes particulares cuando se ejerce contra las mujeres. Además de las formas y métodos de tortura aplicados al conjunto de la población, las mujeres han sufrido vejaciones, humillaciones y violaciones particulares relacionadas con su pertenencia al género femenino.

Estas formas de violencia sexual contra las mujeres han tenido repercusiones específicas en la identidad femenina, tanto por el hecho en sí como por las reacciones que, a veces, ha tenido el entorno más próximo.

La especificidad que tienen las agresiones sexuales frente a otro tipo de agresiones, las repercusiones particulares en las mujeres que las han sufrido, no son ajenas

a las concepciones y vivencias que se tienen en torno a la sexualidad. La sexualidad en nuestras sociedades ha adquirido un significado central, configurándose como un elemento fundamental en la construcción de la identidad individual.

Las prácticas sexuales se convierten en el rasero por el que se define a las personas y la sexualidad aparece como la esencia íntima de la individualidad personal. No es extraño, por lo tanto, que la sexualidad sea vivida como una de las manifestaciones más íntimas de las personas. Un terreno que concita sentimientos ambiguos e incluso contrapuestos.

Expansión y represión, placeres y miedos se dan la mano en la manera como piensan y viven la sexualidad mujeres y hombres. La situación de desigualdad que rige las relaciones entre los hombres y las mujeres, la prepotencia y el dominio que muchos hombres manifiestan frente a las mujeres hace que ellos utilicen, muchas veces, la sexualidad como un instrumento para humillarlas. Las ideas dominantes en este terreno (que sostienen que los hombres tienen una sexualidad desbordante, incontrolable, mientras que las mujeres deben ser poco sexuales y controlar la sexualidad masculina) colaboran a que las agresiones sexuales sean vistas como algo «normal» y a que se culpabilice a las mujeres víctimas de estas agresiones.

Las violaciones como forma de tortura son algo bastante frecuente en todas las guerras: los contrincantes utilizan la violación de las mujeres del campo «enemigo» como forma de castigar a éste. En la guerra salvadoreña las violaciones, o la amenaza de ser violada, ha sido un arma de guerra utilizada frecuentemente por

el Ejército, la Guardia Nacional y también por el Ejército hondureño en el caso de las refugiadas.

Las agresiones sexuales son vividas por muchas mujeres con una carga superior a cualquier otro tipo de agresión. En los casos en los que se sufrieron torturas, muchas mujeres relatan la violación como lo más difícil de superar.

«En la ofensiva me capturaron y me interrogaron. Yo al principio me sentía fuerte y segura. Cuando me encerraron con otros detenidos, uno de ellos empezó a tocarme y besarme. Una cipota prostituta de las maras, que también estaba detenida, me contó que a ella no le habían hecho daño porque hizo todo lo que los soldados querían. Posteriormente entraron, se me llevaron y casi me violaron. No sé lo que hicieron conmigo porque me desvanecí. No le he podido contar esto a nadie, cada vez que lo recuerdo me pongo a llorar y soy incapaz de describir mis sentimientos.»*

Esta especial forma de tortura contra las mujeres ha dejado huellas en muchas de ellas, siendo difícil precisar el alcance que aún tiene para algunas. Por las particulares repercusiones de todo lo relacionado con la sexualidad, hemos podido apreciar que estos episodios condensan fantasías y temores que, en muchos casos, permanecen encubiertos, siendo la propia persona incapaz de expresarlos. También, fruto de las ideas dominantes que tienden a culpabilizar a las mujeres por las agresiones sufridas, muchas de las víctimas expresan sentimien-

*Cipota: chavala, muchacha.

tos de culpa, reforzados por las reacciones del entorno que no considera a las víctimas como tales sino como responsables de las agresiones sufridas. Una mujer lo explicaba así:

«A los quince días de estar en Honduras en una casa ocupada llegó el Ejército hondureño pidiéndonos que colaboráramos. Se nos llevaron a las mujeres obligándonos a que dejáramos a los cipotes en el campamento con los hombres. Yo me llevé al mío chiquito. Ibamos muchas mujeres, entre ellas yo con mi niño y otra mujer embarazada. Nos tuvieron desde las once de la mañana hasta las dos de la tarde y las violaron a todas, excepto a la embarazada y a mí. Yo me libré porque llevé al niño, pero al volver al campamento los hombres culparon a las mujeres por haber sido violadas. Tuvieron muchos problemas y muchas de ellas acabaron separándose».

Pero las agresiones sexuales a las mujeres no sólo han sido infringidas por hombres del campo contrario. En las filas guerrilleras también se han dado, con bastante frecuencia, violaciones y abusos sexuales. La impotencia y la rabia, propias de las víctimas de agresiones sexuales, adquiere características especiales en estos casos. Cuando los agresores son compañeros con los que cotidianamente se juega la vida, se comparten una serie de valores y utopías y en los que, generalmente, se tiene depositada una gran confianza, el trauma es mayor. La impotencia y la rabia aparecen en algunas mujeres mezcladas con grandes dosis de desencanto hacia el proyecto revolucionario encarnado por el FMLN.

Los desgarros que estos hechos han tenido en la identidad de las mujeres como militantes revolucionarias se manifiestan en la tentación de invalidar estos años de lucha emancipatoria así como la propia participación en ella. Este mecanismo de defensa surge, en bastantes casos, acompañado de expresiones victimistas que borran el recuerdo de la conciencia con la que se tomaron las opciones militantes. Veamos algunos ejemplos:

«El partido utiliza a las mujeres. Desde que entré me dolió el manejo de la gente, especialmente de las mujeres por parte de los dirigentes». «El problema ha sido que nos hemos formado ídolos, que no podemos creer que compañeros a los que se respeta puedan destruirnos». «A los tres meses de estar en el frente un compame violó. Era el jefe y fue horrible porque lo veía como el mejor hombre de los hombres que estaban en el campamento. Entré con una idea romántica de la guerra, los compas eran lo mejor y lo más valioso, sobre todo él, que era el responsable. Iba con la idea de que allí estaban las mejores personas, el ejemplo para los demás. Y era todo lo contrario. A las mujeres nos trataban muy mal. Estoy muy decepcionada».

La situación se agrava cuando los agresores tienen cargos de responsabilidad y una jefatura ante la agredida, pues frecuentemente a la rabia se le suma el temor por las represalias que pueda tomar el agresor si el hecho se denuncia. Estos casos, que se dieron con cierta frecuencia — según contaron las mujeres en los grupos —, ponen de manifiesto la situación de subordinación en la que se encontraban una amplia mayoría de

mujeres en las filas guerrilleras. Situación de subordinación agravada por las relaciones jerarquizadas y militarizadas que propiciaban, entre otras cosas, una cierta complicidad para no denunciarlas.

«Mi compa de champa se dio cuenta de que el jefe había intentado violarme pero no dijo nada porque allí eso no se podía hablar. Eran los jefes y mejor no hablar porque si no te enviaban a la cocina y eso significaba no ser valorada, no tener valor para combatir, no tener fuerza... a la cocina siempre iban las mujeres mayores». «Después de la violación, creo que quedé embarazada, no sé, nadie me decía nada. Los compas sanitarios me dijeron que tenían que operarme porque tenía un tumor. Todos se callaban, se notaba que se sentían amenazados».

Las dificultades para denunciar los abusos sexuales no se acaban en el miedo a las represalias directas. El temor de perder la valoración de los compañeros de lucha y de los jefes es un freno importante para la denuncia. De hecho, una de las características de la subjetividad femenina es la dificultad para autovalorarse y la tendencia a depositar la valoración propia en «el otro», de tal manera que cuando ésta falla es frecuente caer en una depresión de tipo narcisista. Esta característica se ve reforzada por la tendencia a la idealización de la guerrilla y en particular de los jefes, la clandestinidad, el secreto en el manejo de la información entre organizaciones y personas, la parcialidad del conocimiento de las tareas y, en general, las duras condiciones de existencia en los frentes de guerra.

«Mi jefe intentó enamorarme pero a mi no me gustaba. Como no le hice caso en una reunión me hostigó y se dedicó a desprestigiarme. Esperaba que mi amiga me ayudara pero se puso a la par de él. Desde entonces tengo un gran complejo de inferioridad, siempre me siento insegura. En aquella reunión me sentí como una basura, como un trapo.»

Las vivencias fatalistas y victimistas que fueron expresadas por algunas mujeres víctimas de agresiones sexuales fueron contrarrestadas en los mismos grupos por parte de otras participantes. Mujeres conscientes de que estos comportamientos se habían dado, incluso algunas de ellas los habían sufrido directamente, pero que consideraban que este hecho no invalidaba la lucha más general y que, en todo caso, demostraba que aún quedaba mucho por hacer al interior de sus organizaciones para transformar la situación de las mujeres. En estos casos, los grupos femeninos y el feminismo les habían dado mucha fuerza, les ayudaron a entender estos problemas y a disminuir sus sentimientos de culpa.

«La libertad y la paz aún no se ha conseguido, especialmente en el caso de las mujeres, ahora empieza una nueva guerra, en otra situación. Mis tres hijos cayeron en la guerra, yo me comprometí antes que ellos y nunca me opuse a que se metieran a fondo. Ahora me siento sola, no tengo ni tierras ni casa, pero me siento fuerte. El reunirme con otras mujeres me da fuerza. No me siento huérfana pues ahora todos son hijos e hijas mías».

Estos comportamientos que se han dado en las filas guerrilleras son, en parte, reflejo de lo que se produce en el resto de la sociedad. El tema de la utilización de la violencia sexual y el maltrato como forma de expresar la prepotencia y el dominio de los hombres sobre las mujeres apenas empieza a ser discutido; algunos grupos de mujeres, pioneros en esta labor, han organizado centros de atención y empiezan a investigar sobre esta realidad. Sin embargo, aún falta conocer en profundidad la magnitud de este problema.

De las mujeres participantes en los grupos de auto-apoyo, un alto porcentaje había sufrido abusos sexuales en algún momento de su vida. Algunas de ellas los sufrieron de niñas y este hecho las marcó en sus relaciones posteriores con los hombres, relaciones que no manejaban de manera satisfactoria. La culpabilidad que el entorno hace sentir a las víctimas y que se interioriza en ellas no ayuda en nada a la elaboración de la experiencia.

«A los siete años un amigo de mi papi llegaba a la casa y me manoseaba, me decía cosas y se masturbaba delante de mí. Nunca tuve valor para decirselo a nadie. Tenía miedo, me sentía culpable. A los nueve un hombre quiso violarme pero mi hermana me salvó. Siempre me han pasado cosas con los hombres, no sé qué querían pero sentía que me perseguían. Me desahogé con mi novio pero no me ayudó, me sentí peor porque me recriminó y me llamó puta».

Un número significativo de las participantes en los grupos habían sido víctimas de maltrato por parte de sus

maridos o compañeros de vida. La complicidad social ante este problema es muy fuerte y, en general, se considera que estos son asuntos privados, un derecho de los hombres ante las mujeres y que si a una mujer la maltratan es porque se lo tiene merecido ya que «algo habrá hecho». Esta ideología justificativa del maltrato está muy extendida y participan de ella tanto hombres como mujeres. La mujer que ha sido maltratada se encuentra, así, no sólo indefensa ante la ley sino también culpabilizada.

En muchas ocasiones, además, las víctimas de este tipo de violencia la reproducen con los hijos e hijas pequeñas, dándose espirales de violencia difíciles de romper. Generalmente, el maltrato físico va acompañado de actitudes humillantes, de descalificación permanente por parte del agresor hacia la agredida. Todo ello, colabora a que las mujeres maltratadas tengan la autoestima por los suelos, se hallen sumidas en depresiones fuertes y sientan una gran inseguridad.

«En mi casa se tiene que hacer lo que mi esposo dice, si no se pelea conmigo y me pega. Me culpa a mí de todo lo que hacen mis hijos. Siempre me dice que soy bien boba e ignorante. Me dice: vos siempre que hablás metés la pata. Yo mis cosas siempre me las he ido callando. El nunca me ha dado permiso para que estuviera con más compañía, ni para salir. Mi vida es un infierno pero aguanto por mi hija, porque quiero que acabe su carrera y es él quien le paga el colegio y todo».

Aunque algunas mujeres sufrían en la actualidad esta problemática, la mayoría de las participantes en los grupos de auto-apoyo — por ser todas ellas participantes del movimiento de mujeres— tenían un nivel de conciencia bastante desarrollado sobre estos asuntos y no eran, en el momento presente, nada pasivas frente a ellos. El maltrato formaba parte de la historia pasada y en el momento actual o bien se habían separado o éste había cesado. La puesta en común de estas experiencias, especialmente el proceso de toma de conciencia y la lucha contra la violencia en la pareja, fue de gran ayuda para las mujeres que aún seguían siendo víctimas de maltrato. Escuchar cómo otras habían superado situaciones muy parecidas fue una ayuda inestimable para romper el fatalismo y la impotencia de quienes se hallan en esa dinámica infernal.

«Yo veo que el hecho de tener estas vivencias entre mujeres nos permite descargarnos, y por lo tanto descubrirnos y fortalecernos; por otro lado, aclarar nuestros propios problemas y conflictos nos ayuda a tener un poco más claro la vida de nosotras mismas». «Más que todo me ayudó porque allí dije muchos de mis problemas y lo bueno fue que no hubo alguien que nos recetara lo que teníamos que hacer sino que entre todas nos ayudamos, nos dijimos en lo que teníamos que cambiar, cómo nos podíamos sentir mejor. Yo logré identificar que ya era tiempo que hiciera algo por mí, porque nunca lo hacía pensando en los demás. Hoy tengo claro que debo preocuparme más por mí».

4.4. Sexualidad: la gran ausente

Partiendo de las diferencias biológicas que se manifiestan entre los dos sexos, las distintas ramas del saber han agrandado estas diferencias contribuyendo poderosamente a la configuración de dos prototipos: el de la masculinidad y el de la feminidad, que aparecen como dicotomías, en algunos aspectos complementarios y generalmente jerarquizados. Las diferencias sexuales biológicas se han utilizado muchas veces como explicaciones de las diferentes tareas y papeles que los hombres y las mujeres desarrollan en la sociedad y como la causa fundamental de las diferentes subjetividades.

Los prototipos de masculinidad y feminidad funcionan también en el terreno de la sexualidad. Se podría decir que, con respecto a la sexualidad, la idea de que existen «naturalezas» femeninas y masculinas diferentes tiene mayor fuerza que en otros terrenos de la vida de hombres y mujeres. Aún hoy tienen vigencia las concepciones de la sexualidad basadas en conferir a ésta una esencia en sí misma, independiente de lo social.

La idea de la sexualidad masculina como una fuerza incontrolable y desenfrenada configura un prototipo masculino activo, con iniciativa, genitalista, promiscuo y algo agresivo. Frente a este prototipo masculino, a las mujeres se les otorga el papel de contener la sexualidad masculina — fuente potencial de peligro — así como su propia sexualidad que podría incitar a los hombres a actuar. Consecuentemente con este tipo de ideas, el prototipo femenino aparece como sensible, no genital, con una sexualidad más bien difusa, ligada a los sentimientos, monógama, con poca iniciativa...

La complementariedad que se atribuye a los géneros está también reforzada en el terreno sexual, en el cual aparece la heterosexualidad como lo «normal» desde el punto de vista del desarrollo sexual. Así, ser un hombre normal significa sentirse atraído por las mujeres; ser una mujer normal implica deseos de resultar atractiva para los hombres.

Estos prototipos — vigentes en la sociedad salvadoreña — influyen, poderosamente, en cómo han sido socializadas las mujeres y en las vivencias que éstas tienen en el terreno sexual. En general existe una mayor inhibición de las mujeres ante la sexualidad: les cuesta pedir explícitamente relaciones sexuales y reconocer los propios deseos a menos que otra persona se lo pida. Frecuentemente sexo y amor aparecen fusionados, se necesita estar enamorada para mantener una relación sexual.

Para los hombres la sexualidad puede ser una fuente de autoafirmación personal, de demostración de virilidad, incluso de dominio frente a las mujeres. Pero probablemente también es una de las escasas posibilidades que tienen — aceptada socialmente — de demostrar sus emociones, sus sentimientos de ternura y amor, que les son reprimidos desde pequeños.

Para las mujeres la sexualidad es un terreno contaminado por mensajes contradictorios («seduce pero no mucho», «ten relaciones sexuales pero ¡cuidado!»...) y, sobre todo, muy vulnerable a las relaciones afectivas. La inhibición del deseo sexual va acompañada de una sobredimensión del poder del amor y cualquier problema en la relación amorosa inhibe el deseo sexual.

«Cuando estamos mal me niego a tener relaciones con él, es el poder que tengo, lo hago como una forma de desquitarme».

Esta inhibición de la sexualidad se manifestó claramente en los grupos de auto-apoyo. En general, se podría decir que el tema estuvo ausente de las reflexiones y preocupaciones que allí se expresaron.

Las mujeres solemos debatir en torno a la sexualidad analizándola como un terreno de represión, miedos y peligros; en menos medida la contemplamos como un espacio de exploración, expansión, satisfacción y placer. Para muchas de las participantes en los grupos los peligros de la sexualidad (violaciones, agresiones sexuales, humillación, riesgo de embarazos no deseados...) hacen palidecer los placeres. Para otras, no obstante, las posibilidades positivas de la sexualidad (exploración del cuerpo, curiosidad, intimidad...) no sólo valen la pena, sino que les proporciona una fuente de energía vital. En algunos casos, la sexualidad aparece como moneda de cambio para conseguir afecto.

«Mi primera experiencia sexual fue bien fea, no me gustó pero no podía decir que no. Decir ¡no! implicaba que no me iban a querer».

La mayoría de las mujeres vieron afectada su sexualidad durante la guerra, más de manera negativa que positiva. Algunas de las más jóvenes, y que vivieron en los campamentos guerrilleros, expresaron haber tenido relaciones de manera más libre aunque contradictoria, ya que eran vistas por sus compañeros de lucha como

mujeres deseables, pero también eran criticadas (por ellos y por sus compañeras) por su comportamiento sexual. Para las mujeres que no estuvieron en los campamentos, la sexualidad fue un ausente, algo dormido para lo que no había tiempo de pensar.

«Con tanta bulla, con tanto sobresalto, no había mucho tiempo para eso. Cuando teníamos relaciones eran siempre apuradas y muy pocas veces yo tenía placer».

La vigencia de las ideas patriarcales que dividen a las mujeres en «buenas» (si se someten a las normas establecidas) y «malas» o putas (si no las cumplen total o parcialmente), favorece también la dificultad para reconocer los propios deseos. Un elemento que se pudo constatar a lo largo de los grupos fue la facilidad con que a una mujer se la «acusa» de puta.

«Cuando crecí y empecé a desarrollarme me gustaba ponerme bien bonita y mi madre me decía que era una puta». «Mi madre no me dejó incorporarme al frente porque decía que allí a las cipotas o las violaban o se convertían en una putas». «Cuando me desahogué con mi compañero porque los hombres me perseguían, me recriminó y me llamó puta».

La sexualidad tiene que ver con muchas cosas: con las ideas y definiciones que sobre ella se hacen, con las relaciones sociales, con el deseo y la fantasía y, también, con el cuerpo. La manera como nos relacionamos con nuestro cuerpo influye en las vivencias y experiencias

sexuales. La guerra, así como la participación activa de muchas mujeres en ella, dejó poco tiempo para el placer. Para bastantes mujeres la preocupación por el cuerpo ha estado relacionada con su aptitud o ineptitud para los trabajos propios de su participación como guerrilleras. Han cultivado la fuerza física, la resistencia, la agilidad... Las vivencias en aquella época eran contradictorias pues el modelo imperante era el masculino.

Hoy estos valores, necesarios en aquellas circunstancias, no son cultivados ni valorados en las mujeres. Por el contrario, se ha podido constatar que existe una cierta desidia ante el propio cuerpo: en muchos casos han engordado exageradamente, se sienten incómodas con su cuerpo... Estas vivencias se expresaron directamente en algunos casos y en otros, indirectamente, en los ejercicios de relajación o masajes. Las dificultades para aceptar ser acariciadas, las risas nerviosas por las cosquillas que les provocaba ser tocadas... son una buena expresión de todo ello.

«Frente a las tensiones tiendo a comer. No me siento bien con mi cuerpo, siempre ha sido un problema para mí, me limita en muchas cosas. En el frente pensaba que si caía herida nadie podría llevarme. De pequeña siempre se burlaban de mí, me rozaban las piernas y me ponía shorts debajo del uniforme. Un día, unos cipotes me levantaron el uniforme, sentí una gran pena, no se lo pude contar a nadie. Siempre han utilizado mi cuerpo para minimizarme, para desvalorizarme».* «No me

*Pena: vergüenza.

gusta que me vean sin ver yo, siempre procuro pasar rápido sin maltratar y sin que me maltraten». «Cada vez me molestan más las miradas. Las miradas obscenas me ponen muy mal, siento que todo el mundo me ve así, incluso las mujeres. No ven bien mi cuerpo, no aguanto estar desnuda delante de nadie».

Las ideas tradicionales sobre la sexualidad femenina sufrieron algunas fisuras en las relaciones que se establecieron en los frentes de guerra. Fueron unas relaciones más esporádicas, menos convencionales, donde los prototipos funcionaban con menos rigidez. Los niveles de libertad sexual que las mujeres llegaron a adquirir en esta situación es algo difícil de establecer. En los grupos, las mujeres hablaban más de las imposiciones y peligros sexuales que vivieron que de las satisfacciones obtenidas. No obstante, de este dato no puede deducirse que todo fue vivido como imposición. La vergüenza por hablar de algo que se considera la esencia de la intimidad, la inhibición del propio deseo y la falta de reconocimiento de éste, el refuerzo que, una vez acabada la guerra, tiene el prototipo tradicional de sexualidad femenina... todo ello colabora en que se haga difícil hablar de sexualidad en público y poner en común las propias vivencias sexuales.

4.5. Jóvenes combatientes: una problemática particular

Una expresión particular de las dinámicas señaladas anteriormente la evidencian las mujeres jóvenes espe-

cialmente aquéllas que adquirieron un compromiso militante cuando eran adolescentes o casi niñas. Las circunstancias que las llevaron a ello han sido variadas y según los casos las problemáticas que manifiestan expresan, en cierta medida, esta variedad. Las relaciones familiares y la respuesta familiar ante el compromiso militante suele ser un elemento que pesa en todas ellas, debido quizás a que por la edad, la familia (entendiendo aquí fundamentalmente a padres y hermanos o hermanas) es un punto de referencia importante.

Algunas, cuyos padres estaban comprometidos con la guerrilla, se vieron involucradas directamente en el conflicto sin que se pueda decir que tuvieran muchas opciones diferentes. En estos casos, la crisis de identidad producto de la adolescencia aparece retardada y con componentes específicos debido a las situaciones límite vividas sin mucha conciencia.

Para otras, el compromiso militante supuso un fuerte enfrentamiento con la familia que se oponía a ello, llegando incluso en algunos casos a una ruptura total. La sensación de orfandad y el dolor por haber perdido algo que ofrecía una cierta protección aparece unido a sentimientos de culpa, como si la pérdida fuera el merecido castigo por haberse saltado los imperativos familiares.

En otros casos el compromiso militante significó una huida ante una familia excesivamente autoritaria y controladora. En la incorporación a la guerrilla se depositaba las expectativas de no depender de nadie y de ser, por fin, realmente autónoma. Estas expectativas pronto se vieron truncadas por las propias condiciones que se daban, sobre todo en la montaña.

«Yo tenía mucho miedo ya cuando estaba en el frente y a veces no me daba cuenta de lo que hacía. Yo nunca había aprendido a fumar, pero disimulaba el miedo fumándome un cigarro cuando estaba de posta, quería tener esa lucita para que todos supieran que allí estaba yo. ¡Tonterías de cipota! No pensaba que un soldado podía llegar y al ver la lucita me podía disparar. Otras veces, cuando me tocaba posta, me envolvía en la cobija y no vigilaba nada. Por esas cosas me daban mis buenas regañadas».*

La militarización y la disciplina dejaba, en muchos casos, poco margen a las ansias de autonomía, especialmente de las mujeres, que generalmente desarrollaron tareas subordinadas. Muchas de estas jóvenes manifiestan fuertes dosis de frustración y escepticismo ante los logros revolucionarios y ven su pasado con bastante amargura.

La crisis de identidad propia de quien ha sufrido de manera sostenida y cotidiana situaciones límite se junta en estas mujeres con la crisis de la adolescencia. En muchas de ellas el grado de desestructuración se evidencia de manera dramática en una total desorientación sobre el futuro y en una ausencia de proyecto vital. En los casos en que ha habido renunciaciones conscientes, el desarrollo, bastante unilateral de sus capacidades, es vivido con fuertes dosis de frustración. Cuando las renunciaciones no han sido vividas como tales, la confusión y la parálisis son la nota dominante.

*Cobija: manta.

La clandestinidad, que llevaba aparejada en muchos casos la adquisición de una identidad falsa, aumenta la crisis de identidad que padecen en la actualidad; crisis de identidad que se manifiesta en los casos más extremos en una imposibilidad de ser llamada por el nombre verdadero y una necesidad de acomodar la situación legal a aquélla que se ha vivido en la clandestinidad.

Muchas de ellas no se han sentido niñas, no han tenido posibilidad de jugar pues las condiciones en las que se ha desarrollado su existencia en los primeros años de vida han sido tan duras que inmediatamente han tenido que asumir responsabilidades de adultas. En algunos casos, la crisis se ha agravado al llegar a la adolescencia, donde la llegada de la primera regla y los cambios corporales propios de esta edad han provocado fuertes conflictos. No querer hacerse mayores o no querer aceptar la condición femenina ha formado parte del conflicto.

En general, en casi todas ellas hemos podido detectar rabia hacia los padres. En algunos casos esta rabia se expresa de forma manifiesta y en otros, por el contrario, aparece reprimida, pero siempre produciendo culpas. Cuando la madre es progresista se sienten incómodas, quisieran que la coincidencia de ideas las llevara a superar su coraje contra ella.

Los motivos que provocan la rabia son también diversos. En algunos casos porque se sienten extremadamente sobreprotegidas, como en «una bola de cristal»; en otros porque los padres las expusieron a viajes continuos que les rompían la vida, a situaciones de peligro que les hacía sentir un miedo que no ha sido superado.

Los continuos viajes y cambios de domicilio, con las consiguientes rupturas afectivas, ha implicado que muchas de ellas levantaran barreras afectivas para defenderse del dolor provocado por las pérdidas. Estas barreras les llevan incluso a dudar, a veces, de sus propios sentimientos.

«Tengo problemas para expresar o sentir afecto, me da miedo. Todo lo racionalizo, no siento, no está el sentimiento en lo que hago y vivo». «Construyo para que nada entre. Me protejo contra los intrusos».

Capas de racionalidad y de fortaleza bastante simulada han servido, frecuentemente, para combatir el sentimiento de abandono y los desgarros afectivos. Debajo de ellas, la niña que no se pudo ser surge continuamente demandando protección y apoyo.

«Fue una onda fuertísima que me removió todo. A mí nunca en la vida me había dado dolor de cabeza y pasé una noche con dolor de cabeza que yo pensé que se me iban a caer los dientes porque sentía una presión horrible. No sé ni cómo llegué a casa de mis papás, yo no quería estar en otro lado, sentía que los necesitaba. Lloré toda la noche, no les podía decir nada, sólo quería que me acariciasen».

4.6. Prototipos de género. Modelos y contramodelos

En lo general, un tema que subyace a todas las problemáticas que se han ido exponiendo, es la particu-

lar forma de construcción de la identidad en las mujeres que participaron en los grupos de auto-apoyo. Esta dinámica, aunque puede generalizarse a bastantes mujeres salvadoreñas, toma algunos rasgos peculiares en las mujeres que se incorporaron activamente en la lucha guerrillera.

La totalidad de las mujeres participantes son conscientes de que se hallan en una situación discriminada con respecto a los hombres y un amplio número de ellas han tomado opciones decididas con un margen de libertad bastante amplio. Muchas de ellas decidieron participar activamente en el conflicto aunque eso supuso, en algunos casos, una ruptura familiar importante: bien porque los padres y hermanos no querían saber nada porque les comprometía, bien porque el marido y los hijos se exiliaron o se fueron dejándolas solas.

La identidad, como sentimiento íntimo del yo, se va conformando como un precario equilibrio de fuerzas, algunas de las cuales tienen un carácter más social en función del sentimiento de pertenencia a los diferentes grupos que componen el tejido social. La identidad es un proceso que se va construyendo a través de las identificaciones que vamos haciendo con diferentes objetos o modelos, identificaciones que tienen una parte bastante inconsciente. En la historia de estas mujeres hemos podido constatar que en la construcción de su identidad han jugado un papel importante, como puntos de referencia identificatoria, diferentes modelos, algunos de ellos contradictorios.

Por un lado, la identificación más primaria con el modelo materno que refleja, en buena medida, la femineidad tradicional. Una femineidad basada en la materni-

dad, en la ética de los cuidados, en la que los afectos tienen un papel de primera categoría, y en una sexualidad heterosexual y monógama donde la virginidad aún goza de gran consideración social.

Por otro, el modelo de «la guerrillera», basado en una cierta asimilación de características consideradas masculinas pero que en la situación de guerra eran permitidas a las mujeres (la promiscuidad, por ejemplo) o incluso exigidas para ser consideradas aptas para determinadas tareas (la racionalidad, el no mostrar abiertamente los sentimientos, la dureza y competitividad).

Finalmente, el modelo «feminista» que incorpora valores nuevos, que supone una fuerza renovadora importante pero que, quizás debido a su juventud como movimiento organizado, ya deja sentir ciertos aspectos normativos.

Para muchas la incorporación a la militancia política tuvo efectos muy positivos ya que implicó salirse del destino marcado por el hecho de ser mujer y tomar decisiones de forma autónoma.

«Para mí la política tuvo repercusiones muy fuertes. Me sacó del ser mujer que se esperaba que cumpliera: mi familia, mi pareja. Pero tomar la decisión de comprometerme más a fondo me trajo conflictos con mi familia y con mi pareja y mis hijos. Aunque estoy contenta por ello, hay partes de mi pasado que quiero recuperar. Estoy muy alejada de mis dos primeros hijos y tengo muy mala relación con mi familia, especialmente con mi madre». «Me ayudó un montón el involucrarme, no me arrepiento, realmente no me arrepiento, todas las cosas que pasan ayudan, son vivencias

de las que siempre se saca algo. Yo siento que si no me hubiera involucrado, si no hubiera vivido eso, no fuera como soy, no tuviera toda esa acumulación de experiencias que tengo, entonces para mal o para bien, me ha ayudado».

Esta incorporación militante, a pesar de todos los aspectos positivos, tuvo también sus aspectos conflictivos, especialmente en aquellas mujeres que se incorporaron activamente al frente militar y que manejaron armas. Generalmente, el ejercicio de actos violentos suele tener repercusiones en los individuos que los ejecutan, a no ser que se trate de casos patológicos y con un nivel de sadismo importante. Ahora bien, la socialización diferente que en sociedades como la salvadoreña tienen mujeres y hombres, hace que las repercusiones de la utilización de la violencia tengan aspectos diferenciales en el caso de las mujeres.

Las situaciones «límite», desde el punto de vista humano, que se dan en una dinámica como la vivida estos años en El Salvador, llevan aparejados momentos en los que cabe preguntarse si las opciones éticas y políticas pueden encajarse bien desde un punto de vista psicológico. La respuesta no es fácil. En el caso de las mujeres, el ejercicio de actos violentos ha supuesto superar formas de socialización basadas en la represión de la agresividad (a las mujeres se nos ha educado desde pequeñas para conseguir las cosas a través de la seducción y el encanto y nunca por la fuerza o la violencia).

El ejercicio de la violencia implica para las mujeres desarrollar y sacar aspectos de la personalidad que hasta entonces permanecían desconocidos y que difícilmente

pueden manejarse, ya que una de las características de la subjetividad femenina es la imposibilidad de expresar y manejar la rabia. Y quizás, lo que es más importante, todo ello lleva a contravenir la ética y el imperativo materno del cuidado a los demás. De tal manera que las cualidades que exige la nueva situación se contraponen con los valores éticos en los que las mujeres han sido socializadas, generándose conflictos morales difíciles de solventar y que, con frecuencia, dan pie a sentimientos de culpa posteriores.

«Cuando estaba en el frente me presenté voluntaria para ajusticiar a un reo acusado de pasar información al enemigo. En ese momento lo hice plenamente consciente, pero después me entraron dudas sobre si las acusaciones tenían suficiente base. Ultimamente tengo pesadillas, sueño permanente con su cara cuando le disparé. Me siento muy mal». «No puedo dejar de pensar en las madres, en la familia de aquéllos a los que he matado en el frente de guerra, ellos también tenían madres que experimentarían igual dolor que el que experimentó la mía cuando mataron a mi hermano».

Para ser aceptadas en el frente de guerra las mujeres han tenido que demostrar que valen «igual que los hombres», reproduciendo los valores considerados tradicionalmente como masculinos. En algunos casos, cuando estos valores tenían aspectos positivos que no contravenían los imperativos maternos, esto ha sido vivido como un enriquecimiento positivo. En otros casos, por el contrario, la culpa, acentuada por la posterior reflexión feminista, es la nota dominante.

«Yo reproducía la violencia de ellos con las demás compas. Me metieron en la cabeza que tenía que ser igual que ellos en fuerza, resistencia y hasta en violencia. Era mi responsabilidad exigir a las compas que salieran a combatir aunque estuvieran enfermas. Una de ellas estaba embarazada y tenía fiebre, planteó no salir. Yo le dije que era una mentirosa y que si los compas morían sería su responsabilidad. Se fue con fiebre y a medio camino se le vino el embarazo. Me senti muy culpable por reproducir el machismo. Ahora intento trabajarlo, me digo que no fue mi culpa sino las circunstancias, pero no lo consigo».

La religión ha sido un sostén importante para muchas mujeres. La crisis ocasionada por contravenir sus mandatos genéricos encontraba algún paliativo en su fe, interpretada desde una teología de la liberación. La influencia de la Iglesia Popular en los campamentos guerrilleros y las zonas de conflicto era muy grande y las mujeres encontraban en ella un consuelo para explicarse y perdonarse, en algunos casos, los actos que consideraban contravenían el imperativo femenino que les correspondía.

«Teníamos que ir a comprar a Honduras y siempre andábamos con miedo, pero teníamos que hacer las cosas, teníamos que jalar ropa, azúcar, zapatos y engañar a los del Ejército diciéndoles que eran para la venta en el pueblo o inventando cosas. Yo rezaba una oración cuando iba llegando a los retenes porque era cuando sentía más gran miedo. Decía: «Jesús, Jesús que fuerte vienes, pero es más fuerte mi Dios, las tres

Divinas Personas que están en medio de nosotros. Nunca me pasó nada».

Otro de los elementos de insatisfacción, cuando no de desmoralización, entre muchas de las mujeres que participaron activamente en el conflicto, es la insuficiente reflexión, por parte de las fuerzas de izquierda, sobre los valores éticos que deben guiar un proyecto emancipatorio. Así, nos encontramos que la mayoría de las mujeres que participaron de manera activa y con un compromiso fuerte en los distintos partidos del FMLN o en organizaciones populares, manifiestan que la expresión de los sentimientos, y no digamos ya el llanto, era visto y valorado como una debilidad.

Intuímos que el patrón militante que ha imperado durante estos años se ha construido sobre la base del modelo masculino, que se adecuaba mejor a las características de la guerra. Esto ha significado que las mujeres que se incorporaban a la lucha lo hacían renunciando a sus características propias y midiéndose continuamente con un modelo que, en parte, les era ajeno. Los elementos más propios de la feminidad, en el caso de manifestarse, eran valorados por los compañeros como inadecuados o manifestación de debilidades ideológicas. Así, además del costo personal que ha significado la renuncia a una parte de ellas mismas, las mujeres se han sentido frecuentemente incomprendidas, minusvaloradas o teniendo que demostrar el doble que sus compañeros para ser valoradas en condiciones de igualdad.

«Cuando la desmovilización se suponía que todo debía ser alegría, pero yo lloré mucho. Aún se estaba

enterrando a los muertos y a la par se bailaba el triunfo de la batalla. Como si llorar fuera pecado o debilidad». «En la guerrilla los jefes tenían el corazón duro, no dejaban llorar porque lo consideraban una debilidad y falta de coraje. Pero llorar no es de cobardes ni de gente débil. Llorar es saludable y descansa». «Había que reprimir el llanto porque el llanto era señal de impotencia y los mandos debían ser estoicos. No nos sentimos comprendidas y hoy aún estamos resentidas». «Hay momentos en que nos exigieron ser un corazón duro y eso nos llevó a tener que ponernos corazas para ser valoradas, pero detrás de esas corazas escondimos toda nuestra debilidad. Eso no nos hizo más fuertes». «A mi marido no le pude llorar porque tenía muchos ojos encima de mí, ojos incomprensivos».

Este modelo masculino de militancia y la falta de integración de otros valores en la ideología social emancipatoria han tenido repercusiones importantes en estas mujeres que, casi de manera generalizada, estuvieron muy comprometidas con el FMLN durante estos años de guerra. Tan sólo una minoría de ellas empuñó las armas en la montaña y de ellas, una minoría consiguió alguna graduación militar. Las tareas del resto de las mujeres, aunque de palabra se consideraban indispensables, no les significaban valoración, reconocimiento ni posibilidades de ocupar cargos de dirección.

Mayoritariamente, en la guerrilla continuó la división de tareas en función del género y esto ha tenido repercusiones en la autoestima y la identidad de las mujeres que participaron en ella.

«Siempre he estado muy sola metida en la guerra. Hacia tareas clandestinas en la ciudad. Soy la única de mi familia que está metida en esto. He sido siempre muy hermética y disciplinada para proteger a mi familia, pero siempre he tenido miedo a los escuadrones de la muerte y a la guerra sucia. ¿Valió la pena dar los años que dimos? Después te das cuenta que nadie te valora el trabajo que hiciste, es más, muchas veces se desconoce».

Esta dificultad por parte de la izquierda para asumir la reflexión feminista lleva también aparejada la falta de crítica hacia los comportamientos machistas que se manifestaban por parte de los hombres militantes. Los abusos de poder, los abusos y agresiones sexuales y los comportamientos discriminatorios en el interior de las organizaciones del FMLN son hechos a los que se han tenido que enfrentar las mujeres con cierta asiduidad.

Estas situaciones de minusvaloración, los abusos y las discriminaciones que muchas de las mujeres sufrieron dentro de las filas de sus propios partidos han ido acompañadas en muchos casos de sensación de impotencia. En otros casos, se recurre a la «victimización», que en nada favorece la reconstrucción de la identidad dañada. No obstante, la sensación de aislamiento, las culpas por pensar que es algo que sólo le pasa a una, la confusión por no entender a qué se deban estos comportamientos... son sentimientos que sólo han podido ser elaborados cuando se integran al movimiento de mujeres y empiezan a reflexionar sobre la subjetividad femenina.

La reflexión feminista les ha significado a estas mujeres una fuente de estímulo y desculpabilización muy importante, aunque tampoco exenta tampoco de conflictos, ya que en muchos casos ha significado «abrir un nuevo frente de guerra».

Cuando no se han elaborado los desencantos de la militancia partidaria y se asume la participación en organizaciones feministas como sustituto de éstas, el conflicto se agrava, ya que se mantienen grandes expectativas en esta nueva participación, sin tomar en cuenta que los procesos de transformación personal no surgen automáticamente por el sólo hecho de reclamarse feminista.

Por otro lado, en este movimiento que recién se conforma y que nada más aparecer ya ocasiona polémica por estar abordando una temática que sacude a toda la población (las relaciones desiguales entre hombres y mujeres y la subordinación de éstas), no dejan de observarse algunos rasgos de normatividad que tienden de nuevo a la exclusión y la jerarquización.

«A veces con el feminismo somos unas fanáticas, como si poseyéramos verdades inmutables, exigimos que se haga todo por las mujeres aunque nos deshagamos por dentro». «A veces tengo la sensación que desde el feminismo proclamamos dogmas contrarios a lo que realmente sentimos, como si estableciéramos dogmas invisibles que rompen las relaciones de pareja». «Es importante que hablemos de las relaciones entre las mujeres pues entre nosotras somos muy exigentes y seguimos arrastrando los esquemas partidarios. Idealizamos las relaciones entre mujeres pero luego compe-

timos entre nosotras». «Hemos salido de una guerra y nos hemos metido en otra, la feminista, que es más intensa, más interna y más yuca». «Cuando murió mi hija las mujeres se identificaron con el mismo sufrimiento, me sentí apoyada por ellas, me enviaron dinero y me consolaron». «Entre las mujeres he aprendido a sacar las cosas que me preocupan y a no llevarlas a otras partes».

Estas mujeres, socializadas la mayoría de ellas según el modelo tradicional de feminidad, han ido incorporando a lo largo de su vida nuevos valores fruto del desarrollo de la lucha guerrillera y, posteriormente, de la lucha feminista. En algunos casos, han interiorizado verdaderos «modelos» normativos que se contraponían con el tradicional. Los conflictos derivados de esta situación tienen mucho que ver con las culpas que genera un «deber ser» que funciona como imperativo moral que nunca se alcanza.

Estos conflictos se manifiestan muchas veces de manera muy diferida e inconsciente pues existe una gran falta de reflexión sobre una misma. Durante estos años se ha actuado mucho y ha quedado poco o ningún tiempo para la reflexión personal. En muchos casos, los acontecimientos externos pesaban tanto que eran determinantes para adoptar una u otra posición, sin que hubiera oportunidad para valorar las implicaciones de ésta.

En esta situación existe una gran confusión y desorientación, especialmente en las jóvenes, sobre lo que se quiere hacer en el futuro, confusión en la que colabora la propia incertidumbre social que se vive en el país. Las

incertidumbres tienen, a veces, un sabor amargo, rayando en la desesperanza, pues la situación material en la que han quedado muchas de estas mujeres es muy precaria y sienten la sobrevivencia amenazada.

Por otro lado, el reciente desarrollo de la perspectiva feminista y su falta de integración cabal en los partidos de izquierda hace que en la identidad de estas mujeres aparezcan como contradictoria lealtades que no tendrían por qué serlo. Estas contradicciones entre las lealtades partidarias y feministas son vividas de manera muy desgarradora, pues la identidad se escinde entre una y otra. Los comportamientos por parte de algunas fuerzas de izquierda frente a las mujeres que se reclaman feministas (a quienes frecuentemente se acusa de divisionistas y de haber «perdido la conciencia de clase»), así como la falta de entendimiento de la problemática feminista, no favorece una buena resolución del conflicto.

La incompreensión por parte de compañeros de toda la vida, la falta de tiempo para reflexionar sobre una misma y lo que se desea, la amargura y la frustración por lo poco conseguido después de haber dado tanto, la propia situación social... todo ello predispone a la tentación de negar partes importantes de una experiencia vital muy rica, que podría ser más enriquecedora todavía si pudiera ser asumida sin rabia.

Estas mujeres, desgarradas todavía entre distintos modelos y contramodelos, encontraron una posibilidad de escucharse y entenderse en los grupos de autoapoyo. Este espacio les permitió verse en otra perspectiva, como mujeres dolientes, a las que la culpa las carcome y en muchos casos las inmoviliza pero que

también saben sacar fuerza de ese dolor cuando ya no les queda nada más.

El proceso de análisis individual y la reflexión grupal para la reconstrucción de una identidad dañada por la guerra fue una oportunidad de entendimiento y reconciliación con la propia experiencia, pero además permitió generar un espíritu colectivo más propicio para la reconciliación y la superación de viejos antagonismos. La transición no solamente es un proceso social; cada persona tiene que vivir su propio período de transición y adaptación a la etapa de posguerra.

Además de ser una experiencia necesaria para la recuperación de la salud mental de las personas, la construcción de sujetos sociales que no creen nuevos esquemas del «deber ser» pasa por llorar y enterrar a las y los muertos de la guerra, por entender que muchas de las actuaciones y actitudes de entonces fueron necesarias para sobrevivir pero ya no sirven en estos momentos. Pasa, también, por crear una posibilidad de futuro donde la justicia y las oportunidades sean elementos al alcance de todas y todos.

Para las mujeres, en particular, reconstruir su identidad tiene que ver con la recuperación de su experiencia durante la guerra, rescatando lo positivo que hubo en ella y procurando que los cuestionamientos a la identidad femenina subordinada que se abrieron camino en aquella época no se olviden ni descarten en este período de paz.

5. Algunas consideraciones finales...

Los grupos de auto-apoyo de mujeres convocan a éstas en función de su género. Parten de la idea de que su situación social subordinada —fruto de las estructuras sociales y de las relaciones desiguales que mantienen con los hombres— implica vivencias y sentimientos particulares.

Los grupos de auto-apoyo se conforman exclusivamente con mujeres para generar un espacio de confianza, donde puedan expresarse sin limitaciones y logren identificar los elementos que las configuran como una categoría social.

A pesar de la desconfianza y resistencias iniciales, contar con un espacio donde sentirse cómodas, en situación de igualdad, permitió que temáticas y hechos dolorosos pudieran ser expresados. Para la mayoría de las participantes en los grupos de auto-apoyo, éstos constituyeron su primera oportunidad de airear sus sentimientos después de diez o quince años de callarlos. Se logró crear, entonces, un nuevo referente de confianza:

«A mí me dijeron que controlaba demasiado mis emociones como si estuviera delante de alguien que me

iba a recriminar. Es verdad, yo estaba acostumbrada a que expresar las emociones era debilidad. Si hubiera sido un grupo mixto yo no hubiera sacado lo que ahí dije, me hubiera sentido controlada, juzgada». «Yo no conocía a nadie, pero pude expresar cosas que habían quedado dentro de mí, lo hice porque me sentía en medio de mujeres solidarias, que me estaban ayudando y no diciendo lo que tenía que hacer». «Yo sólo he hablado un poquito de esto con un compañero y me comenta cómo él y otros ex-combatientes añoran los campamentos y los comandos urbanos porque vivieron la guerra como algo heroico y cosa de valientes. Yo la viví como la única alternativa, pero que no me hacía más valiente y no quisiera nunca volver a pasar por eso. Yo creo que entendernos con dos vivencias tan distintas en un solo grupo, hubiera sido difícil».

Este nuevo referente es importante tanto a nivel individual como colectivo. Personalmente, cada una de las participantes en los grupos valoró el proceso vivido en ellos y visualizó la necesidad de profundizar en la reflexión de los conflictos generados a partir de su participación en la guerra.

En el plano colectivo, al ser la mayoría de las participantes en los grupos activas militantes del movimiento de mujeres, el trabajo en torno a su subjetividad puede aportar nuevos elementos a la construcción de éste. De hecho, en los últimos dos años el movimiento feminista forma parte del nuevo panorama político nacional. El surgimiento y desarrollo de organismos de mujeres con demandas novedosas (que luchan en contra de la violen-

cia, que proponen una nueva distribución del trabajo en la casa y en la sociedad, que rompen el silencio sobre temas relacionados con la sexualidad) que, además, crean instancias de coordinación y proponen plataformas reivindicativas para todas las mujeres¹ ha constituido una novedad en el panorama político de los últimos años.

«Yo creo que la tristeza acumulada que cargamos las mujeres comprometidas con los cambios que propone el feminismo, nos impide desplegar nuestras energías y capacidades al máximo. Por eso pienso que el movimiento de mujeres necesita de personas en mejores condiciones emocionales, que no guarden tanto resentimiento con la vida porque tarde o temprano nos lo cobran a las demás».

Reconstruir la identidad de las mujeres en el trabajo de los grupos de auto-apoyo ha significado respetar las identidades individuales teniendo en cuenta los múltiples elementos que las conforman y sus complejidades, pero teniendo también muy presente el género como una variable importante en la subjetividad de las salvadoreñas en este momento, especialmente de aquéllas que participan en el movimiento de mujeres y que traen consigo una historia de participación política en estructuras partidarias.

Los numerosos retos y tareas que la realidad le plantea a este naciente movimiento feminista pueden

¹ En enero de 1993 se creó el espacio de coordinación llamado «Mujeres 94» que elaboró una plataforma reivindicativa para presentársela a los partidos durante la campaña electoral.

hacerle obviar la necesidad de trabajar cómo se produce la toma de conciencia feminista en cada una de las mujeres que lo integra. Este aspecto puede parecer secundario ante la urgencia de las condiciones de vida de la mayoría de las mujeres, sin embargo, no hay que olvidar que la vida humana no solamente necesita alimentarse para sobrevivir; una vida que tenga sentido necesita espacios de expresión y entendimiento de su realidad inmediata y «para las mujeres, llegar a comprender de modo profundo su situación de oprimidas en tanto género requiere una introspección, reflexionar sobre lo que han sido sus vidas, también en los terrenos más íntimos, más vivenciales. Y esto exige un tiempo, unos caminos propios.

Comprender cómo los anhelos de libertad y autonomía de cada mujer entran, tantas veces, en contradicción con su necesidad de protección y afecto, requiere de eso que en el movimiento feminista se ha llamado autoconciencia: esa reflexión, ese cuestionamiento personal y colectivo, sin el cual ninguna mujer ha llegado a sentirse real y profundamente implicada en la lucha feminista.

Este tiempo de maduración personal exige que los grupos feministas se doten de unos espacios específicos, de unas dinámicas internas que posibiliten la autoconciencia de las mujeres. Sin ello, el movimiento no sería lo que es. Saber combinar la práctica de la autoconciencia con lo que son necesidades imperiosas de actuación pública del movimiento no es cosa fácil. El peso a dar a una y otra cuestión, el conseguir un equilibrio

entre unas y otras necesidades es extremadamente complicado»².

Los movimientos de mujeres en general, y en particular los de América Latina, han tenido una estrecha vinculación con la izquierda, a través de la cual han sido impactados por sus análisis y prácticas. En los últimos años, sin embargo, toda la izquierda del Continente se ha visto estremecida por la derrota electoral de los sandinistas, la firma de los Acuerdos de Paz entre el gobierno salvadoreño y el FMLN, el levantamiento guerrillero en Chiapas. Estos y otros hechos han sacudido los esquemas y prácticas de esta corriente. Sin embargo, hasta ahora sus planteamientos teóricos y políticos no han facilitado la creación de espacios para el trabajo con las necesidades subjetivas de los seres humanos.

Históricamente la izquierda ha pospuesto la transformación de las personas para cuando se hubiera conseguido un cambio de las estructuras sociales; ha desconsiderado los factores subjetivos por considerarlos mero reflejo de las condiciones materiales objetivas; ha tendido a aplicar unos criterios de validación referidos al quehacer político, pero ha reflexionado insuficientemente sobre los valores éticos. Algunos sectores de la izquierda latinoamericana siguen pensando que la lucha social se genera solamente a partir de la posición de clase y desconocen otros múltiples aspectos que conforman la identidad de los movimientos sociales.

² Pineda, E. «Propuestas emancipatorias del feminismo: Desafíos para la izquierda». *Iniciativa Socialista* N° 21. Madrid, 1992.

En relación al movimiento de mujeres hay una valoración ambigua, ya que si bien reconocen su importancia política, en la práctica cotidiana presentan a las mujeres como si sembraran la división en los sectores populares.

Muchas mujeres han tenido que romper orgánica, política e ideológicamente con los partidos de izquierda a fin de generar un movimiento autónomo; otras han podido desarrollar la lucha desde el interior de sus partidos. Algunas más han sentido el impacto de la lucha feminista sin haber pasado por las filas de la izquierda. En la actualidad, la gama de conflictos del movimiento de mujeres va mucho más allá de la izquierda, sin embargo, ésta sigue siendo un referente importante en la medida que la lucha por las reivindicaciones a favor de transformar las condiciones de vida de las mujeres tiende a entrar en conflicto con las estructuras de poder establecidas.

Algunas de las feministas salvadoreñas que participaron en los grupos de auto-apoyo están replanteándose los esquemas heredados de la izquierda y se encuentran en la búsqueda de nuevas formas de trabajo así como de análisis que abarquen todas las dimensiones y complejidades de la vida humana.

«Me parece que este trabajo de auto-apoyo es un aporte a la recuperación de la identidad, a la reconstrucción de una parte muy descuidada y que es fundamental para los seres humanos, y para las mujeres en particular: las emociones, los sentimientos. Yo creo que no se puede pensar en la energía de un pueblo para reconstruirse después de una guerra tan dura como ha sido ésta si no se toma en cuenta esa parte. Este pueblo

fue siempre calificado como un pueblo trabajador, pero nos quedó el nombre solamente. Hoy la gente está cansada y no sólo es un cansancio físico, hay una tristeza que se guarda y que hace que las energías no salgan. Para mí es importante que para reconstruir El Salvador podamos reparar esa parte, podamos saldar las cuentas para ponernos en paz con el mundo y ponernos en paz con nosotras mismas y así generar energía para reconstruir nuestro país».

El trabajo en los grupos de auto-apoyo y las reflexiones que hemos intentado transmitir aquí quieren aportar un granito de arena en la labor de darle a los factores subjetivos, a la complejidad del alma humana, la importancia que merecen si queremos transformar a las personas y las situaciones de desigualdad en que viven.

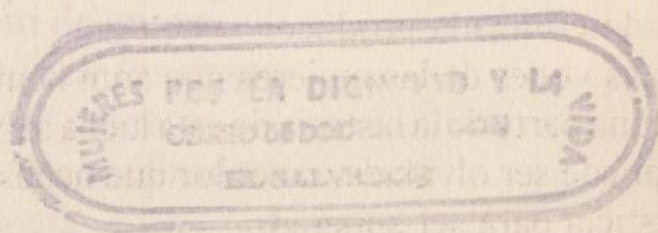
Una perspectiva ética es fundamental para analizar y transformar las relaciones sociales entre las personas. No podemos ignorar que la distribución asimétrica del poder se reproduce no sólo en las relaciones entre hombres y mujeres o en las de unos hombres con otros. Se reproduce en todos los ámbitos sociales, entre los componentes de las diferentes categorías de edad, clase, etnia, opciones sexuales, religiosas, etc. que una sociedad determinada produce.

Las voces de las mujeres que aquí hemos rescatado son una parte de la historia de esta lucha salvadoreña que no puede ser olvidada, un dolor que necesita de verdad y justicia para ser superado.

«El grupo desencadenó cosas muy emotivas, de mucho dolor. A varias les trajo recuerdos de tristeza,

otras se asustaron al darse cuenta que la guerra había sido dura. Reconocimos la historia de la guerra en su parte más humana y más terrible, esa historia que casi no se cuenta porque no es un triunfo ni una derrota, es el dolor que se ignora. Yo estaba asustada al ver a las mujeres llorando con tanto dolor, pero ahí empecé a atar cosas que una no saca y que son parte de todas. Tenemos una congoja histórica, un llanto histórico acumulado, hemos sido tan agredidas, tan maltratadas... Cada una carga una historia terrible y en los grupos se logró poner en común un pedacito de ella que deja ver qué terriblemente dura ha sido esta guerra y cómo nos hemos anulado el derecho a llorar, a sentir, porque eso era síntoma de debilidad y porque los guerrilleros no lloramos.

¡Mentira! Las guerrilleras necesitábamos llorar. Las mujeres lloramos en el grupo de auto-apoyo, y ese llanto me permitió construir otra historia de la guerra».



Índice

Introducción	7
Nota de las autoras	12
1. Los efectos de la represión política en la identidad personal.....	16
1.1. La represión política	16
1.2. La identidad femenina.....	20 ✓
1.3. El prototipo de feminidad en El Salvador.....	25
1.4. Reconstruir la identidad en el caso de las mujeres	28 ✓
2. Las participantes en los grupos de auto-apoyo	31
2.1. Características generales.....	31
2.2. Por qué y cómo se integraron a participar políti- camente	33
2.3. Su experiencia de participación.....	36
2.4. El impacto de la guerra en su vida cotidiana....	40
2.5. De sus expectativas ante los grupos de autoayuda	43
3. Los grupos de auto-apoyo	45
3.1. Fundamentación teórica.....	45
3.2. El proceso de grupo	49
<i>Composición de los grupos</i>	49
<i>Fases de este proceso</i>	50
3.3. Papel de la coordinadora	56
3.4. Metodología	60
<i>Para la puesta en marcha del grupo</i>	60
<i>Ejercicios a medida y autodeterminación</i>	62
<i>Evaluación y devolución</i>	67

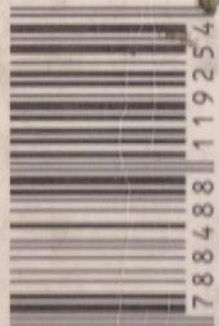
«El trabajo en los grupos de auto-apoyo y las reflexiones que hemos intentado transmitir en estas páginas quieren aportar un granito de arena en la labor de otorgar a los factores subjetivos, a la complejidad del alma humana, la importancia que se merecen si queremos transformar a las personas y las situaciones de desigualdad en que viven»

LAS DIGNAS. CEDOC

HADIAN
LAS MUJERES



ISBN 84-88119-25-9



9 788488 119254